

Lou Carrigan

DOS Y UNO... DOS

COLECCION LA HUELLA



LOU CARRIGAN

DOS Y UNO... DOS

Colección LA HUELLA n.° 139
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 20.618 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: julio, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Hacía poco que había amanecido cuando llegó a la pequeña villa John Hammond, capitán de la Sección de Homicidios del Police Department de Los Ángeles. Con él, conduciendo el coche, llegó el agente detective Weston.

Ambos sin afeitar, vestidos sin duda alguna a toda prisa, y pese a que solamente tenían una vaga idea de lo ocurrido, mostraban en sus rostros una expresión que oscilaba entre la incredulidad y el espanto.

El espanto tendría que persistir todavía durante mucho tiempo. Pero la incredulidad no pudieron mantenerla. Tenía que ser verdad, naturalmente. En el pequeño jardín de la villa había tres coches de la policía, cuyos ocupantes se habían esparcido por todas partes.

Fue Weston el que señaló uno de estos coches, diciendo:

—Slim y Warren han llegado ya, señor… Y ahí sale Slim. Deben habernos visto llegar.

Hammond asintió con la cabeza y ambos se encaminaron hacia Slim Lennart, que a su vez acudía a su encuentro.

—Malos días, señor —saludó Lennart—. Hola, Charlie.

—¿Cómo están las cosas? —murmuró Hammond.

—Fatal. Es horrible, señor, se lo juro.

—Eso entendí por teléfono. ¿Y Warren?

—Está dentro.

—Bien. Iremos a echar un vistazo.

—Me atrevo a sugerirle que se lo ahorre, señor. De veras —casi tartamudeó el detective Slim Lennart.

—Sabes que no puedo hacer eso, Slim —gruñó Hammond.

—Bueno… No ganará nada con ello, pero supongo que si está obligado… ¿Vas tú también, Charlie?

—Hombre, claro —masculló el otro detective.

—Bueno. Que conste que les he advertido.

Hammond dirigió una hosca mirada a su agente. Luego, seguido de Weston, se encaminó hacia la casa, pasando por entre varios policías de uniforme y algunos de paisano, todos ellos con la expresión de quien se siente verdaderamente indispuesto.

Y Slim Lennart había tenido razón; más les valiera no haber visto aquello.

Lo primero que vieron al entrar fue a Warren Wade, de espaldas a la puerta, mirando hacia el exterior por el gran ventanal. El adusto, serio, taciturno Warren Wade, muy poco amigo de parlotear, renuente siempre a dar demasiadas explicaciones, dotado de un genio pésimo…, pero uno de los mejores hombres con que contaba el P. D. en toda la zona de Los Ángeles.

También estaba el teniente Voyle y otros dos hombres. Y en la puerta, un agente negro, de uniforme. Fue éste quien pareció a punto de decirles algo a Hammond y Weston, pero el teniente Voyle le hizo una seña, y acudió hacia ellos.

—¿Qué tal? —saludó Voyle, tendiendo la mano.

Hammond tardó algunos segundos en reaccionar, en tender la suya. Y para entonces, tras un vistazo global al escenario lleno de cadáveres todavía sin cubrir, estaba tan pálido como si llevase muerto siglos enteros… y conservado en congelación. Cuando Voyle pudo por fin apretar su mano, la encontró fría y agarrotada. Mientras tanto, echaba una mirada de reojo a Weston, y, al ver su expresión, sonrió secamente.

—Desagradable, ¿verdad?

El agente Charles Weston se llevó velozmente una mano a la boca, farfulló algo, y salió de allí a toda prisa. El agente Warren Wade se había vuelto al oír hablar a Voyle, y ahora estaba mirando fijamente a su jefe, Hammond, que tenía el rostro demudado.

—Dios mío —pudo murmurar al fin, con voz ahogada, ronca—. Dios mío, es… es espantoso…

—Uno de mis hombres ha tenido que ser retirado —dijo Voyle —. Fue el primero en entrar y casi se encontró en el centro de la masacre. De pronto, se puso a vomitar y tuvieron que sacarlo entre otros dos. Será mejor que salgamos. A menos que prefiera usted comenzar inmediatamente la investigación ocular, claro.

—No… No, no. Salgamos… Necesito algo de tiempo para ir haciéndome a la idea de que todo esto es verdad.

—Lo comprendo.

Voyle comenzó a caminar hacia la puerta, haciéndole no poco favor a Hammond al empujarlo amablemente por un hombro. Mientras giraba, Hammond le hizo una seña a Warren Wade, que comenzó a caminar tras ellos.

Afuera, en el vestíbulo, estaba Slim Lennart, que al ver el rostro de su jefe, recordó:

—Ya se lo advertí, señor. Charlie ha ido al cuarto de baño de la planta baja. Espero que haya llegado a tiempo.

Hammond parecía no oírle; había sacado su pañuelo y se lo estaba pasando por la frente. Era muy temprano, de modo que poco calor podía hacer en aquella mañana del once de junio, domingo. Pero en la frente de Hammond había brotado un leve sudor, que, además, era frío. Warren Wade llegó, se colocó ante él y se quedó mirándolo, sin decir palabra. Así era Warren, simplemente.

Voyle lo señaló.

—Él dice que ustedes se van a quedar con el encargo, capitán. ¿Está de acuerdo?

—Si Warren lo dice es porque nos corresponde —aceptó con tensa voz Hammond.

—De acuerdo, entonces. ¿Puedo ayudarles en algo?

—No… No, no, no… Es decir, quisiera que me explicase usted la parte que conoce de todo esto, Voyle.

—Desde luego… Aunque no es demasiado. Veamos… Uno de los coches patrulla pasaba cerca de aquí cuando vieron aparecer a la muchacha.

—¿Qué muchacha?

—Todavía no sabemos ni el nombre. Lo único que hacía, al menos mientras yo pude verla, era gritar, llorar, gemir… Estaba completamente histérica… No hubo manera de conseguir que dijese salgo coherente. Y su estado mental y físico era tal que decidimos llevarla a un hospital. Está allí, con dos de mis hombres. Ya le he dado el nombre del hospital a su agente —volvió a señalar a Wade —. Bueno, como le decía, uno de los coches patrulla pasaba por aquí cerca, y de pronto vieron aparecer a la muchacha en la avenida. Caminaba cayéndose a cada paso, tenía las ropas

destrozadas, y señales de violencia en todo el cuerpo. Estaba aterrorizada… y lo único que pudieron comprender es que venía de esta casa. Los de la patrulla llamaron al Departamento, y yo salí hacia aquí, con dos detectives. Veinte minutos después, llegaron sus agentes Wade y Lennart… Debieron venir volando en lugar de rodando, porque recorrieron las veinte millas entre Los Ángeles y este lugar en menos de veinte minutos. Le expliqué lo mismo que le estoy explicando a usted, Lennart fue a llamarle a su casa de la playa, y Wade dijo que se harían ustedes cargo de todo. No hemos tocado nada, naturalmente. Usted dispone.

Hammond torció el gesto. Allá dentro, a su espalda, había un salón con siete cadáveres. Siete. Algunos de ellos con un aspecto espeluznante. Y él tenía que disponer…

—Está bien, Voyle. Gracias.

—Sería conveniente llamar a la Morgue, ¿no cree?

—Nos ocuparemos de eso, claro está. Warren, ¿dispusiste que vinieran los de Huellas?

Warren Wade asintió, hosco el gesto.

—No creo que tarden en llegar. Había que reunir el grupo. Hoy es domingo, señor.

—Ya. Bueno. Esperemos que lleguen pronto… Lennart, avisa tú a la Morgue, pero diles que esperen fuera de la villa, que no entren aquí con los coches.

—Llamaré desde el coche para que pasen el aviso hasta allí.

—Está bien. Sí, es lo mejor. No hay que tocar nada todavía. Pero creo que debemos empezar la investigación ocular… Sin más dilaciones. Gracias, Voyle. Si quiere, pueden marcharse.

—Nos quedaremos por aquí hasta que se vayan los de la Morgue con los cadáveres —se ofreció Voyle—. El caso es de ustedes, pero si podemos servir de algo…

—Se lo agradezco. De acuerdo… Bien, Warren, ¿empezamos?

—Yo tengo ya mi propia hipótesis sobre lo sucedido, señor —dijo Warren Wade—. Así que si no le importa, preferiría darme una vuelta por ahí fuera.

John Hammond parpadeó, en verdad sorprendido… Sabía que si había alguien capaz de permanecer con los nervios inalterables ante Id horrible escena, ese alguien era precisamente Warren Wade. Seguro que ni siquiera había movido un músculo del rostro al ver el

horrendo cuadro de siete personas asesinadas, esparcidos los cadáveres por el salón. No, Warren Wade no debía haberse alterado lo más mínimo…, al menos exteriormente Y de todos modos, tenía la seguridad de que Warren Wade era capaz de soportar aquello y mucho más, así que su paseo por el jardín debía tener, como siempre sucedía, una explicación posterior.

—Muy bien —aceptó Hammond, volviéndose hacia Weston, que había regresado del cuarto de baño, desencajado el rostro—. ¿Qué me dices tú, Charlie?

—Le acompaño, naturalmente —murmuró el detective—. Perdone lo de antes, pero no he podido evitarlo.

—Si crees que vas a volver a…

—No, no. Estoy bien.

—Pues vamos allá. Luego, cambiaremos impresiones contigo, Warren.

Éste asintió con un gesto, y se dirigió a la puerta de la casa, que estaba en la parte opuesta a la playa. Salió, rodeó la pequeña villa y se detuvo delante del ventanal por el cual había estado mirando antes, desde dentro del salón. Se colocó de espaldas, y de nuevo su mirada, gris, fría, penetrante, fue hacia la otra villa, en cuya pequeña terraza estaba todavía una mujer de largos cabellos rubios, sin duda mirando hacia allí. La distancia ni siquiera llegaba a los cien metros, así que, aunque no podía ver muy bien el rostro femenino, sí se daba cuenta de que ella estaba en pijama.

Inmóvil, mirando hacia allí, hacia la villa, donde se habían cometido siete espantosos asesinatos en la madrugada del domingo once de junio.

Estuvo todavía unos segundos mirando a la mujer, de la villa vecina. Luego comenzó a caminar por el jardín de atrás, que daba a la playa. En la gran puerta ventana de aquel lado de la villa había una amplia terraza, con un gran parasol, y una mesa y varias sillas de hierro forjado, en la mesa todavía se veían vasos y botellas, cigarrillos, cerillas, dos ceniceros… Desde allí se debía ver estupendamente el mar, que estaba a menos de doscientos metros. Al comenzar el jardín, propiamente dicho, comenzaba la playa, salpicada por algunas palmeras cuyas palmas se movían apenas a la brisa del mar.

En definitiva, era un sitio estupendo. Vivir allí tenía que ser no

sólo agradable, sino sedante. Vida tranquila, el mar, el sol a raudales, silencio y paz.

Desde el borde del jardín, ya cerca de la arena, se volvió para mirar la casa, que, como otras treinta y tantas más, formaban parte de una urbanización bastante moderna llamada Residential Beach, situada entre Newport Beach y Laguna Beach.

La gran puerta ventana estaba abierta, y en el interior del salón pudo ver un tanto confusamente a Hammond y Weston, moviéndose de un lado a otro. Y a Lennart, que se había reunido con ellos… Estuvo contemplándolos unos segundos. Luego, se volvió hacia la playa, hacia la franja arenosa. Desde luego, encontrar allí alguna huella iba a ser poco menos que imposible. Pisadas sí encontrarían, claro; a cientos. Pero de nada les servirían. Eso suponiendo que los autores de aquellos siete crímenes hubieran llegado por la playa.

Warren Wade movió negativamente la cabeza, y su mirada fue bajando hacia la tierra rojiza y prieta del jardín. Seguramente, traída allí para poder plantar flores y árboles, formando una capa sobre el terreno arenoso. De cualquier modo, aquella parte estaba lo bastante dura para que cualquiera pudiera caminar por ella sin dejar huella alguna. Y por delante de la casa, todavía mejor para no dejar huellas de pies.

La pregunta principal que latía en la mente del policía era ésta: ¿Aquellos siete crímenes habían sido fruto de una situación inesperada y quizá desesperada para los asesinos, o bien habían sido planeados? En el primero de los casos, cabía preguntarse cuántas personas habían estado allí y qué había dado lugar a aquella matanza. En el segundo de los casos, que era el que Warren consideraba más probable, el suceso se convertía en uno de los más repugnantes, sórdidos y espantosos en toda la historia delictiva de California. Y si era cierto que lo sucesivo se ceñía al segundo caso, la pregunta era sencillamente horrible: ¿qué clase de personas podían haber hecho aquello?

Pensativo, Warren Wade estuvo todavía no menos de cinco minutos curioseando por el jardín.

Y cuando por fin entró en la casa para reunirse con sus compañeros, la mujer de la terraza de la villa vecina había desaparecido.

CAPÍTULO II

—De lo que sí podemos estar seguros —dijo Hammond— es de que dos de los hombres no formaban parte de la reunión. Las dos mujeres muertas, y las que están en el hospital vestían de noche, y también tres de los hombres, con *smoking*. Pero los otros dos hombres, más jóvenes, vestían de modo demasiado informal para asistir a una reunión bastante elegante. ¿Estamos de acuerdo?

Todos asintieron con la cabeza. Sobre la mesa del despacho de John Hammond estaba todo lo que habían encontrado digno de su interés, especialmente las documentaciones de cuatro de los hombres; las de los dos jóvenes vestidos de manera informal, y las de dos de los vestidos con *smoking*; las dos mujeres estaban indocumentadas; en cuanto al hombre que no llevaba encima ni siquiera el permiso de conducir, la explicación ya había sido hallada; era el inquilino de aquella villa alquilada. Por lo tanto, puesto que no había tenido que desplazarse, no llevaba encima documento alguno. Además, en el salón habían encontrado solamente dos bolsitos de mujer, y puesto que sabían que en la reunión había habido tres mujeres, se podía deducir que una de ellas vivía allí, con el ocupante de la casa. Todavía no se sabía si era su esposa. Pero tanto este detalle como todos los demás pertinentes estaban a punto de ser investigados. La policía iba a comenzar a tirar del hilo.

Y empezarían por las dos pistolas con silenciador que se habían encontrado en el salón, y de las cuales ya habían sido obtenidas las huellas digitales, que tendrían que ser comparadas con las de los siete cadáveres, como punto de partida. Mucho, muchísimo trabajo tenía por delante el Police Department, sin duda alguna.

—¿Teorías? —invitó Hammond.

Lennart abrió la boca, pero fue Warren Wade quien dijo, rápidamente:

—Yo creo, señor, que antes de nada convendría ir a ver a la chica del hospital.

—Ya hemos llamado allí, y nos han dicho que en su estado no puede ser interrogada, Warren.

—Bueno… Podemos ir trabajando en todo lo demás, en todo lo que signifique obtención de datos y pistas, identificación y localización de esas personas —señaló las documentaciones que había sobre la mesa—, comparación de huellas de todas ellas con las de las pistolas, recoger los informes forenses… En fin, todo eso. Pero en cuanto a teorías, opino que es un trabajo innecesario; la chica que está en el hospital puede explicárnoslo todo en cuanto se reponga un poco. Una explicación muy completa de la única superviviente.

—Ya sabemos eso —refunfuñó Hammond—. Pero si ella no está en condiciones de ayudarnos por el momento, nosotros debemos aprovechar el tiempo al máximo, trabajando por nuestra cuenta. ¿No te parece? De todos modos —reflexionó—, quizá tengas razón. Podemos dedicarnos a todo eso que tú has dicho… Mientras tengamos trabajo por esa parte, dejaremos las teorías. Pero si mañana por la mañana, esa muchacha no puede todavía informarnos, tendremos que empezar a sacar conclusiones con lo que nosotros hayamos conseguido. Mientras tanto, de acuerdo, todo el mundo a trabajar. A ver qué hemos conseguido para cuando esa chica pueda hablar.

* * *

—Quiero que entienda, señorita Hard —murmuró Hammond—, que si prefiere dejarlo para mañana, por nuestra parte no hay inconveniente. Es decir, nos gustaría qué nos pusiera usted al corriente cuanto antes, pero comprendemos que después de lo que ha pasado, su estado de ánimo no ha de ser muy bueno.

Velda Hard asintió con la cabeza, y de nuevo miró de uno a otro a los visitantes: Hammond, Wade y Lennart, los tres de pie junto a la cama, mirándola con expresión amable casi afectuosa.

Al otro lado de la cama en aquel cuarto del hospital, estaba el doctor Bolden, el cual miró a la muchacha, expectante.

—Estoy bien, ¿verdad, doctor?

—Sí, desde luego —asintió Bolden—. Tiene bastantes golpes, pero físicamente está bien. Resultó todo muy aparatoso, por la sangre, el vestido roto y todo lo demás, pero realmente en el aspecto físico no hay cuidado. Respecto a su estado emocional, creo que usted misma está en condiciones de decidir. Son las seis de la tarde, así que quizá convendría dejar todo esto para mañana.

—No —se sobresaltó ella—. No, no… Quiero… quisiera terminar cuanto antes.

Bolden encogió los hombros.

—Pues adelante. Yo tengo trabajo por ahí, así que la dejo con estos caballeros. Si necesita algo, llame al timbre.

—Gracias… Muchas gracias.

—Hasta luego —se despidió el médico de los policías.

Warren Wade abrió la puerta al médico, cerró y se quedó apoyado allí, mirando atentamente a Velda Hard, cuyo aspecto era penoso, pero ciertamente menos de lo que habían temido. Tenía vendada la frente, y algunos apósitos en la cara; se le veían los tonos azulados de algunos golpes… y sus ojos se movían continuamente hacia todos lados, como temiendo de un momento a otro un ataque feroz cuya sola suposición la tenía aterrada. Era rubia, y parecía joven y muy bonita… Una muñeca que alguien había estropeado brutalmente.

—¿Qué me harán? —preguntó, de pronto, ella.

Los tres hombres se quedaron mirándola estupefactos.

—¿Cómo? —Parpadeó por fin Hammond.

—¿Me… me encarcelarán, o… o…?

—Señorita Hard, ¿de qué está usted hablando?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿No lo saben? —musitó.

—Saber… ¿qué cosa? Comprenda que si hemos venido a hacerle preguntas es porque no sabemos todavía…

—Yo… yo maté a dos de aquellos hombres.

Hammond se quedó mirándola fijamente, Lennart respingó, y Wade permaneció imperturbable.

—¿Usted mató a dos de ellos? —pudo preguntar por fin el capitán de Homicidios.

—Sí, sí…

—¿A cuáles?

—A los dos que se quedaron mientras el otro se lo llevaba todo. Pude… pude…

—Sería mejor que comenzase desde el principio, señorita Hard —dijo Wade—. Y si no le importa, a fin de importunarla lo menos posible en adelante, grabaremos toda su explicación… ¿Tiene inconveniente?

—No, no… Claro que no, señor Wade.

—Muchas gracias. —Warren Wade dejó el pequeño magnetófono en marcha sobre la mesita y sonrió casi amablemente—. Cuando usted guste. Desde el principio, por favor. ¿Quiere un cigarrillo?

Ella asintió, y el policía, atentísimo, se lo encendió. Velda Hard suspiró profundamente, después de la primera fumada.

—No podré olvidarlo mientras viva —aseguró—. Sabía que estas cosas pasan, pero uno piensa que… que jamás van a ocurrirle a uno mismo. Lo estábamos pasando tan bien… Éramos seis: Jasper Webster y su amiguita Irma… Irma Bennet, que vive con él hace algún tiempo.

—¿Vive con él? ¿No estaban casados?

—No, no —pareció que Velda se sonrojaba un poco—. Ninguno de nosotros estaba casado, señor Wade. Bueno, usted sabe; unos cuantos amigos que se reúnen para pasarlo bien.

—¿Era la primera vez que se reunían?

—No. Lo hacíamos con bastante frecuencia, los fines de semana.

—¿Pasaban juntos el fin de semana en la villa?

—Sí, señor.

—¿Y qué hacían?

—Bueno, pues… nos divertíamos —pareció que la muchacha se sonrojaba de nuevo—. No hacíamos mal a nadie, ¿comprende?

—Desde luego.

—Ya… ya comprendo que ustedes se imaginan la clase de diversiones que teníamos, y… Bueno, sí, había de todo… Éramos seis siempre y… y a nuestra manera lo pasábamos bien. Teníamos tiempo para todo… Ellos jugaban a veces al póquer, o a la carta más alta.

—Como usted ha dicho —murmuró Hammond— nos imaginamos muy bien sus diversiones, señorita Hard… Bien, tenemos que estaban allí el señor Jasper Webster y su amiga, la

señorita Irma Bennet. ¿Quién más?

—Alvin Reynolds con Connie Fisher. Y yo, con Desmond Tobey. Los seis, como siempre. Ellos eran generosos con nosotras, y muy simpáticos, muy fáciles de tratar. Eran atentos y nosotras estábamos satisfechas de haberlos encontrado.

—Según entiendo, ustedes tres eran chicas… Bueno, Migamos que también eran amables, ¿no?

—Sí, señor. Lo que usted está pensando es cierto. Ya sabe lo que pasa; una chica llega a Los Ángeles, convencida de que se va a convertir en alguien importante gracias a su belleza, y poco a poco, sin darse cuenta, pues… va haciendo unas amistades que no tienen nada que ver con la fama cinematográfica y cosas así, pero jue soluciona todos sus problemas. Y una se acostumbra; vive muy bien, no tiene preocupaciones, se divierte.

—Entendemos eso muy bien… Pero a veces señorita Hard esa clase de vida da lugar a ciertas inevitables molestias. Quiero decir que algunas de esas chicas que usted ha mencionado de vez en cuando se ven en dificultades con la policía: escándalos, riñas, posesión de drogas…

—No, no, no —se asustó Velda—. ¡Nada de eso! Nosotras podríamos quizá no ser la… representación modelo del ama de casa americana, inspector, pero nunca dimos ningún escándalo. Jamás tuvimos el menor contratiempo con la policía, ni con nadie. Digamos que dentro de todas las… actividades, siempre hay clases. Bueno, lo que quiero decir…

—Ya, ya. Siga, por favor. Sabemos que ustedes seis estaban divirtiéndose a su manera, sin perjudicar a nadie. ¿Qué más?

—Pues habíamos cenado ya, y estábamos en el salón, conversando y tomando unos tragos. Jasper era aquella noche el encargado del sorteo.

—¿Qué sorteo? —masculló Lennart.

Definitivamente, Velda Hard enrojeció.

—El sorteo de los fines de semana —susurró—. Ponían nuestros tres nombres en un vaso, escritos en unos papeles, sí… Bueno, los nombres de las chicas, claro. Entonces, cada uno sacaba un papel, y…

—Entendido, entendido —casi enrojeció ahora Lennart—. Sí, entendido.

—Bue… bueno, ya… ya estábamos terminando el sorteo cuando… aparecieron ellos… Eran tres y…

—¿Aparecieron? —preguntó Warren Wade—. ¿Por dónde?

—Por la terraza que da al jardín de atrás. Por la terraza de la playa, como la llamaba Jasper.

—Según eso, debieron rodear la casa por el exterior, naturalmente, hasta llegar, caminando por el jardín, hacia la terraza.

—No sé… Supongo que sí. No lo sé. Las puertas de la terraza estaban abiertas, porque hacía una temperatura muy agradable, y, de pronto, ellos tres aparecieron por allí. Nos dieron un susto tremendo… Cada uno de ellos llevaba una pistola, como en las películas de espías…

—¿De espías? —Se pasmó Lennart.

—¿Quiere decir que llevaban silenciador? —preguntó Wade.

—Sí… Sí, eso. Luego, cuando dispararon y… y cuando disparé yo, pues… casi no se oía nada.

—Muy bien. Llegaron con las pistolas, de pronto. ¿Y…?

—Uno de ellos, el más alto, era el que daba las órdenes. Nos dijeron que nos sentásemos todos en el sofá, con… con las manos en las rodillas, y lo hicimos. Estábamos todos muy asustados, al principio. Luego, creíamos que sólo querían dinero y…

—¿Había mucho dinero allí?

—Bastante. Jasper suele tener siempre una cantidad importante en la caja de su despacho. Quizá diez o doce mil dólares. O más. No sé… Pero a veces, cuando perdía jugando, hacía comentarios al respecto, y se iba al despacho a buscar más dinero. Algunas veces jugaban bastante fuerte… Sé que una noche, Desmond, mi… amigo, llegó a ganar casi quince mil dólares.

Lennart emitió un silbidito, mientras Hammond preguntaba:

—¿Quiere decir que los tres amigos llegaban a la villa con bastante dinero encima?

—Oh, sí… Sí, desde luego… Pero aquellos tres hombres se lo quitaron todo. Les pidieron el dinero a los tres, y a Jasper le obligaron a sacar el que tenía en su caja fuerte del despacho. A las mujeres nos quitaron todas las joyas que ellos nos habían regalado…

—¿Podría usted hacer un cálculo aproximado de lo que valía

todo lo que había allí en aquel momento? Entre joyas y dinero.

—Pues… No sé. Entre el dinero de los tres y las joyas, quizá… No sé… Puede que más de cien mil dólares, me parece. En dinero sé que se reunieron casi sesenta mil dólares, porque uno de los hombres aquellos se… se dedicó a contarlo mientras bebía un *whisky*, y lo comentó con… con asombro y alegría. Y las joyas nuestras valían más de cincuenta mil dólares. A veces, Irma, Connie y yo lo habíamos comentado. Ya… ya les he dicho que ellos tres siempre eran muy amables y generosos.

—Lo recordamos —asintió Wade—. Bueno, les quitaron todo el dinero y las joyas… ¿Qué más?

—Pensamos que entonces se iban a ir…

—Un momento —cortó Hammond—. Desde luego, los dos hombres que usted mató fueron encontrados sin nada en el rostro, pero quizá cuando llegaron sí ocultaban sus rostros… ¿O no?

—No. No, no.

Los hombres del Police Department cambiaron una mirada. Para ellos, esta circunstancia parecía reveladora de las intenciones totales de los tres asaltantes.

—¿Podría describir al hombre que falta?

—No sé… Era el más alto, el que daba las órdenes. Creo que lo llamaban Ralph… Sí, algunas veces lo llamaban Ralph, y otras veces lo llamaban Wendix.

—Espléndido, señorita Hard —aprobó Hammond—. Por las documentaciones de los otros dos, sabemos que se llamaban Patrick Sheldon y Waldo Linton. Ahora, sabiendo el nombre del otro, y si usted es capaz de describírnoslo, seguramente lo encontraremos muy pronto. ¿Cómo era?

—Alto. Como el señor Lennart, más o menos. Pero más delgado.

—¿Qué más?

—No sé…

—¿No sabe? Pero vería usted sus ojos, sus ropas, puede recordar sin duda el color de sus cabellos o si tenía alguna marca especial…

—Creo… creo que sus ojos eran oscuros. No… no tenía ninguna marca especial. Me pareció uno de esos muchachos que cuando llega el buen tiempo se dedican a pasear por las playas, buscando divertirse. Me parece que… Sí, llevaba unos téjanos. Sí, estoy segura. Y una camiseta bastante sucia y… y una cazadora de esas de

dril… Verdosa, creo. O caqui. Algo así. Tenía los cabellos bastante largos. Me pareció simpático… Bueno, quiero decir que era un muchacho muy agradable, guapo…

Lennart se acercó más a Hammond y le musitó unas palabras al oído. El capitán asintió, y Lennart salió del cuarto. Hammond sonrió a Velda Hard, que miraba hacia la puerta como asustada.

—El agente Lennart ha ido a llamar al Departamento para que nos envíen un dibujante, señorita Hard. Ya verá cómo él saca partido de su descripción, así que vamos a dejarla para entonces. Mientras tanto, siga con lo que pasó. Entiendo que ellos tenían ya el dinero y las joyas. ¿Y luego?

—Pensamos que se iban a marchar con todo. Al menos, yo lo pensé así. Pero entonces, el más alto de los tres, mientras comían dijo que… que nosotras tres estábamos… estábamos…

—¿Sí?

—Dijo que estábamos como para… comérsenos… Él fue hacia Connie, y la… le… Bueno, él la tocó de un modo… Alvin se puso en pie de un salto y… y golpeó al muchacho, lo derribó de un puñetazo… Entonces, el otro…

—¿Ralph Wendix?

—No, no… El otro… Me parece que lo llamaban Pat. ¡Y al rubio lo llamaban Waldo, es verdad, sí! Bueno, el que se llamaba Pat disparó contra Alvin y… y me parece que lo mató. No estoy segura, pero Alvin quedó tendido en el suelo, con la cara llena de sangre… Connie comenzó a llorar; ya no se acordaba de que tenía el vestido roto, ni nada… El jefe de ellos dijo que ya había habido un muerto, y que eso complicaba las cosas. Entonces comenzaron a golpear a Jasper y Desmond, hasta dejarlos en el suelo sin sentido y dijeron… dijeron que así nadie iba a molestar una noche amable… Luego, Waldo volvió junto a Connie, y la… Irma y yo nos estábamos muriendo de miedo. Cerramos los ojos. Oíamos llorar a Connie, y los golpes… Luego, no oímos nada. Después, el más bajo se fijó en mí y dijo que le había llegado el turno… Y después le tocó el turno a Irma, con Ralph, y… Bueno, ellos dijeron luego que… que el ejercicio les había abierto el apetito, y que… que iban a tomar unos cuantos bocados más antes de seguir, y que…

CAPÍTULO III

Los tres hombres salieron del cuarto, dejando con Velda Hard al dibujante, que se encargaría de conseguir una fotografía lo más exacta posible de Ralph Wendix, el tercer hombre, el que había escapado.

Hammond se pasó el pañuelo por la frente, que ahora sí que estaba llena de sudor, y movió la cabeza con gesto de incredulidad.

—Es espantoso —musitó—. Y hasta increíble. Salgamos de aquí, quisiera respirar aire fresco. Esperaremos a Lugin en el estacionamiento del hospital.

Salieron los tres de éste, y, una vez en el coche, Wade encendió un cigarrillo, recogió parte de la cinta del pequeño magnetófono, y puso en marcha el aparato, escuchando la parte final de la explicación de Velda Hard.

Según la cual, cuando los tres asaltantes consideraron que ya se habían divertido bastante, decidieron marcharse. Entonces, Ralph Wendix, el jefe, recogió el dinero y las joyas, y dijo que saldría para llevar aquello al coche, y, de paso, se aseguraría de que todo estaba tranquilo, que podían salir de la casa sin que nadie les viese. Cosa poco probable a aquellas horas de la madrugada, pero valía más ser precavido.

Los otros dos estuvieron de acuerdo, así que Wendix salió de la casa. Para entonces, Jasper Webster, Alvin Reynolds y Desmond Tobey habían sido asesinados ya, pero las tres muchachas estaban vivas, tiradas por el suelo, como conejillos aterrorizados. Pat dijo entonces que le iba a pedir el último favor a Velda, y se acercó a ella. Velda había simulado estar desvanecida, pero Pat se rió, fue a por una botella de *whisky*, y se arrodilló a su lado. Dejó la pistola en el suelo. Con un brazo sostuvo a Velda Hard, y con la otra mano

quiso hacerle beber un larguísimo trago de *whisky*.

«—Entonces —se oyó la voz de Velda en el pequeño aparato—, yo… yo me di cuenta de que tenía la pistola muy cerca… y empujé a Pat. Lo tiré de espaldas al suelo, cogí la pistola y… y disparé contra él. Cuando miré al otro al oírlo gritar, él estaba muy pálido, y quería sacar la pistola del bolsillo de atrás de los pantalones, así que yo… yo volví a disparar… No sabía lo que hacía… ¡No sabía lo que…!

»—Tranquilícese, señorita Hard: ningún juez la condenaría a usted por eso —se oyó la voz de Hammond—. Es lo menos que se merecían.

»—¿Había disparado usted antes con algún arma de fuego? —Se oyó luego la voz de Warren Wade.

—No, señor. Nunca. Le juro que no sé lo que hice, ni cómo lo hice… No comprendía muy bien lo que había pasado, lo que yo había hecho… Lo único que pensé entonces fue marcharme de allí inmediatamente.

»—¿No se le ocurrió avisar a la policía?

»_¡Pero el otro iba a volver, yo lo sabía! No podía quedarme allí ni un segundo más… ¿No lo comprende? Llamar a la policía significaba perder tiempo, y yo no podía hacerlo, quería marcharme inmediatamente…

»Y por supuesto, hizo usted bien —intervino Hammond—. Está bien claro que el tal Ralph Wendix volvió, mató a sus dos amigas, y se marchó. Pero lo encontraremos. Fue una suerte que usted no se lo encontrase por la avenida, señorita Hard.

»—Yo… yo corrí primero por la playa, y luego, cuando vi la luz azul del coche de la policía, corrí hacia ellos…

Warren Wade paró el magnetófono, lo guardo y continuó fumando en silencio.

Diez minutos más tarde, el agente Lugin apareció en el estacionamiento, mirando a todas partes. Comenzó a dirigirse hacia el coche en el que había llegado, pero Lennart salió del que utilizaban ellos tres, y le llamó, alzando un brazo. Lugin cambió la dirección de su marcha, y segundos después entraba en el asiento delantero del coche, volviéndose hacia el de atrás, tendiendo la carpeta a Hammond.

—Es todo lo que he podido hacer cori los escasos datos que me

ha dado la chica, señor.

Hammond abrió la carpeta, fue apartando los primeros bocetos, y, finalmente, se quedó mirando el último que Lugin había trazado bajo el dictado de Velda Hard. Sí, un muchacho muy agradable, aunque parecía tener una sonrisa un tanto cínica, fría.

—Tendremos que conformarnos con esto —suspiró Hammond, tendiendo la carpeta hacia el impaciente Lennart—. Por lo menos, no podemos decir que carezcamos de datos, de pistas…

—En resumen —dijo Wade—, lo único que falta para cerrar este caso es encontrar a Ralph Wendix. Por lo demás, lo sabemos absolutamente todo.

—¡Vaya un domingo! —exclamó Lennart, devolviendo la carpeta a Lugin.

—Sí —murmuró Hammond—. Ha sido un domingo auténticamente negro. En fin, vamos a recopilar todos los datos que tenemos, busquemos los que todavía consideremos interesantes, y daremos a pasar el informe. Por la mañana empezaremos a distribuir copias fotográficas de Ralph Wendix, y todo el mundo nos dedicaremos a buscarlo… Sí, este domingo deberían ponerlo en el calendario con números negros, en lugar de los rojos de los festivos.

* * *

Llevaba un salto de cama rojo, muy corto, de modo que el bronceado de sus piernas destacaba de modo muy agradable con la prenda.

Y era sencillamente bellísima.

De lejos, no había podido verla muy bien, reparando básicamente tan sólo en sus largos cabellos rubios. De cerca, podía apreciar que era joven, bellísima, con un desconcertante tono dorado en sus grandes ojos, y una boca alargada y llena, fresca como una flor al amanecer.

—Oh —se turbó ella un instante—. Creí que era otra persona.

Warren Wade sonrió lo más amablemente que pudo, fijos sus ojos en aquellos de color oro…, mientras alargaba la mano derecha, sosteniendo el estuche con la placa y la credencial.

—Agente detective Warren Wade, señorita Lukas… ¿Puede usted recibirme?

—¿De la policía? —sonrió ella—. ¿He hecho algo malo?

—Usted sabrá —se esforzó al máximo Warren por ser amable—. En cuanto a mí, no vengo a hablar de usted, sino de otras personas…, que sin duda usted conoce. O conocía, mejor dicho.

—Ah —brillaron los ojos de oro—. Ya entiendo… Pase, por favor, señor Wade.

El policía entró, la señorita Sophie Lukas cerró la puerta y señaló hacia el fondo del vestíbulo.

—¿Le importa esperar un par de minutos mientras me visto más adecuadamente? Si he abierto así es porque esperaba a una amiga.

—Lo siento. Desde luego, puede usted disponer del tiempo que necesite, señorita Lukas. ¿Hay algún inconveniente en que fume?

—Desde luego que no. Me reúno con usted en seguida.

Warren fue hacia el saloncito, mientras ella desaparecía hacia los dormitorios. El policía alzó las cejas al contemplar el gran desorden que reinaba allí: libros por todas partes, revistas, ceniceros, bandejas con restos de bocadillos, prendas de vestir, periódicos, una cafetera eléctrica… En el sofá, junto con algunos libros, encontró unos sujetadores transparentes, que alzó sonriendo irónicamente, calculando la talla.

Delante de la ventana había una mesa escritorio, llena de papeles. Al lado, una mesita rodante sobre la cual estaba la máquina de escribir, con un folio en el rodillo. Un folio escrito, lleno de tachaduras y anotaciones a mano. Con el ceño fruncido, estuvo leyendo durante un minuto. Luego se volvió hacia la ventana, y su ceño se frunció aún más al ver desde allí, a la perfección, la villa vecina, especialmente por la parte de atrás, la que estaba orientada hacia la playa.

Se acercó a la puerta-ventana, que estaba abierta, y salió a la terraza. La casa parecía prácticamente una copia de la otra, de la de Jasper Webster. Evidentemente, alguien había construido varias, para dedicarlas a alquiler. Y debía cobrar una buena suma por ello, pues sin lugar a la menor duda, el sitio era espléndido, magnífico…

Desde la terraza, aún veía mejor la villa vecina, y, por supuesto, el mar, azul reluciente al sol de mediodía, allá al fondo. Doscientos metros. O sea, que se podía salir de allí en bañador, darse un buen baño y volver tranquilamente a la casa. Estupendo. Algún día, si llegaba a casarse, él estaría encantado de vivir en un sitio así.

Tras echar un vistazo al jardín, que parecía un tanto descuidado,

volvió al salón, que bien claro estaba, servía de lugar de trabajo a Sophie Lukas. Muy acertado, porque era la pieza que recibía más luz y sol durante todo el día…

Sophie Lukas apareció, preguntando:

—¿Quiere un café, señor Wade?

—No, gracias. Es muy bonito este lugar, señorita Lukas.

—Si… Cuando no estoy en pleno trabajo me doy cuenta de ello. ¿Quiere que conversemos aquí o en la terraza?

—La perspectiva de sentarme al sol durante unos minutos es formidable para mí. Si no le molesta, en la terraza.

Salieron los dos, y ella se dejó caer en una de las tumbonas floreadas, suspirando. El policía plegó la otra hasta darle forma de silla, y se sentó delante, mirándola con una atención muy lógica. Sophie Lukas se había puesto un fresco vestidito de mañana, de color azul, y estaba encantadora. Le ofreció un cigarrillo, ella aceptó, sonriendo, y ya fumando, dijo:

—Supongo que ha venido usted a hacerme preguntas sobre el horrible suceso de anoche en la casa de al lado.

—Así es. ¿Cree que podrá ayudarme?

—¿Yo? ¿En qué? Por lo que tengo entendido, el caso está solucionado, señor Wade. De no ser así, ya habría llamado a la policía para ofrecerle mi ayuda. Pero si ya todo está solucionado…

—¿Nos habría usted llamado?

—Desde luego. Quizá un poco obligada, claro.

—¿Obligada?

—Usted me estuvo mirando ayer por la mañana, mientras yo estaba en la terraza… ¿O no era usted?

—Pues, sí. Sí, era yo. Espero que no se molestase usted por ello.

—De ninguna manera. Usted estaba haciendo su trabajo… Y el trabajo de una persona es muy importante.

—Es usted muy comprensiva. Dígame: ¿Cuál es exactamente su trabajo?

—Escribo guiones para la televisión.

—Ah… Vaya, parece estupendo… Un trabajo interesante, ¿verdad?

—Creo que sí. Al menos, desarrolla la inteligencia, la imaginación y la cultura… Precisamente mi próximo guion tendrá que ser policíaco, señor Wade. Y me pregunto si un agente de

Homicidios podría aceptar… digamos… ser asesor de un trabajo de este tipo.

—Se puede estudiar el asunto —admitió Warren, sonriendo—. Vamos a ver si la he entendido, señorita Lukas. Usted dice que se habría considerado obligada a llamar a la policía porque se dio cuenta de que yo la veía en la terraza, mirando hacia la casa de al lado. Pero, además, si el caso no estuviese resuelto, usted habría llamado para ofrecernos la ayuda que fuese… ¿Cierto?

—Exactamente cierto.

—Pues bien: el caso no está cerrado, ni mucho menos.

—¿No?

Warren movió negativamente la cabeza.

—Durante estas veinticuatro horas últimas, o quizá deba decir mejor veintinueve exactamente, hemos trabajado mucho, y de verdad estamos sobre pistas seguras…

—Entonces, no veo en qué puedo ser yo útil, señor Wade.

El policía sonrió, con gesto de paciencia.

—¿Conocía usted a su vecino, el señor Jasper Webster?

—De vista, sí. Cuando yo alquilé esta casa hace unos meses, él ya vivía ahí —señaló hacia la otra villa.

—¿Nunca han tenido tratos personales?

—De ninguna clase. Me di muy pronto cuenta de que no era una persona de mi… esfera.

—¿Qué quiere decir?

—Mi impresión es de que él era un… vividor. Uno de esos hombres que saben vivir estupendamente sin hacer nada útil. Por otra parte, pronto me di cuenta de que tenía visitas poco… Digamos que no eran de mi agrado.

—Entiendo. ¿Conocía usted a esas visitas?

—Sólo de vista. Hombres, y casi siempre, chicas monas.

—¿Chicas… monas?

—Sí. Muñequitas cariñosas y condescendientes. Me parece que tenía una fija en la casa, porque la he estado viendo con frecuencia por el jardín, y por la playa. Los fines de semana venían más personas, y tengo la seguridad que lo pasaban muy bien. A su manera, claro…

—¿Los vio alguna vez?

—¿Quiere decir cuando lo estaban… pasando bien?

—Sí, claro.

—Desde luego que no. Ya le he dicho que no eran personas de mi agrado. Soy tolerante, por supuesto, y creo que cada cual tiene derecho a vivir su vida… Empezando por mí misma. Y mi vida no consistía en relacionarme con personas tan… divertidas. Los veía a veces, incluso me los encontraba en la playa los domingos por la mañana, los oía alguna noche reír…

—¿Desde aquí se oye lo que pasa en la otra casa?

—Según la dirección del viento.

—¿Y qué viento soplaba la noche del sábado al domingo?

—Viento del mar —rió de pronto Sophie—. Una deliciosa brisa que sopla del mar hacia tierra adentro, y que le impide a uno oír lo que le rodea. Es mi viento favorito.

—También a mí me gusta ese viento —admitió Warren, cada vez más amable—. Aunque me imagino que una casa como ésta debe ser bastante cara.

—Lo caro o barato depende de lo que uno gane, señor Wade. Por ejemplo, un yate puede ser barato para el señor Rockfeller, y una lanchita puede ser carísima para mí.

—De acuerdo —sonrió el policía—. Respecto a sus vecinos y sus amigos…, ¿cómo los clasificaría usted?

—Nunca me molesté en ello. Para mí eran sólo seres vivos que se movían cerca de mí, pero con los cuales no tenía por qué relacionarme, ni pensar en ellos. Ya se lo he dicho: no me gustaban.

—Pues… me parece que tendré que estar de acuerdo con usted, señorita Lukas. Como es natural, hemos realizado algunas investigaciones sobre todas esas personas, y así sabemos que las… chicas monas, pues… eran uñas alegres e inconscientes vividoras. Me entiende, ¿verdad?

—Claro.

—Respecto a los tres hombres que fueron asesinados, sus nombres eran Alvin Reynolds, Desmond Tobey, y, como usted ya sabe, Jasper Webster. Para nuestro disgusto, al ir investigando en sus vidas, hemos ido sabiendo que eran personas poco recomendables. Como usted dice, vividores, gente que sabía vivir estupendamente sin hacer nada útil. Es más: los tres, según vamos sabiendo, tenían varias cosas de qué avergonzarse. Y no me refiero a sus juergas can las chicas monas, sino a pequeños delitos de

estafa, fraude… Para ser exactos y definirlos de una vez, diremos que eran unos completos sinvergüenzas Y ellas unas… chicas monas. Pero, claro, eso no significa que debamos aceptar sus asesinatos pensando que mejor están muertos que vivos. La ley es la ley.

—En resumen, que no se ha perdido gran cosa, pero sin contemplaciones de ninguna clase, la ley debe ser siempre aplicada.

—Naturalmente. ¿No lo cree usted así?

—Señor Wade: ¿qué es lo que usted quiere de mí, en concreto?

—¿Tiene usted prisa? Oh, sí, esa visita que espera…

—Esa visita es una amiga que tiene que recoger mi trabajo de este fin de semana, para pasarlo a máquina en limpio. Tengo que terminar un guion para el día quince, y le aseguro que no es tiempo lo que me sobra.

—De acuerdo. Bien, ya hemos hablado de las chicas monas, de los pobres sinvergüenzas asesinados, supongo que está enterada por los periódicos de que fue una masacre horrible… Sólo una de las chicas monas se salvó. Se llama Velda Hard. ¿La conocía usted?

—De vista estoy segura de que sí.

—Es rubia, aunque menos que usted, con los cabellos más cortos, tiene…

—Ah, sí… Bueno, me alegro por ella. ¿Conque ella es la Velda Hard que mencionan los periódicos? Una de esas mosquitas muertas… Sin embargo, fue muy valiente.

—Si lo hubiese sido un poquito más, posiblemente habría salvado las vidas a sus dos amiguitas, a sus compañeras de vida… alegre. Pero lógicamente, estaba aterrada y se limitó a huir después de matar a los dos hombres que quedaron en la casa… Hablemos de esos hombres, señorita Lukas. ¿Le parece bien?

—Adelante.

Warren Wade sacó un sobre del bolsillo, lo abrió y sacó una fotografía, que tendió a la muchacha.

—Éste es Patrick Sheldon… Y este otro, Waldo Linton… Según sus documentaciones, claro. Son los dos que murieron después de hacer verdaderas barbaridades en esa casa… Ahora estamos intentando localizar sus domicilios, porque si lo conseguimos, sabremos con quiénes se relacionaban, cómo vivían…

—Parece que está bien claro cómo vivían, ¿no? Sí… Por las

ropas de estas fotografías de cuerpo entero —separó las mencionadas de las que Warren le había ido entregando—, yo diría que son los que vi anoche cuando llegaron a…

—¿Los vio usted? —saltó el policía—. ¡Estupendo! Precisamente sobre eso trata mi visita, señorita Lukas…

—Pero si ya están muertos…

—Oh, pero quizá vio usted… Perdone: ¿dónde estaba cuando ellos llegaron?

—Aquí mismo, reflexionando. Había tenido un día muy duro de trabajo, y casi me quedé dormida en la terraza. Me desperté, encendí un cigarrillo y estuve un rato más. Fue entonces cuando los vi llegar. Serían, las once, o poco más, me parece.

—¿Dónde los vio?

—En la terraza. Llegaron, entraron y eso fue todo. Los vi unos segundos a la luz del salón… Sí, vestían así, más o menos… Y uno de ellos era muy bajito.

—¿No vio usted nada más?

—¿Qué más había que ver?

—Pues quizá usted vio llegar algún coche, que se detuvo en alguna parte de la avenida. En ese caso, quizá recuerde el modelo, o algo que pueda sernos útil. Cualquier detalle que…

—Pero, señor Wade, ¿útil para qué?

El policía se desconcertó.

—¿Está segura de que ha leído el periódico, señorita Lukas? —preguntó.

—Desde luego. Ayer por la tarde leí lo que…

—La edición de ayer tarde, naturalmente, no lo explicaba todo, ya que entonces aún no habíamos hablado con la señorita Velda Hard. ¿No ha leído los de esta mañana?

—Ya le he dicho que tengo mucho trabajo. Cuando termine este guion, me tomaré un buen descanso, pero cuando tengo un compromiso me gusta cumplirlo en la fecha exacta.

—Encomiable. Pero por eso no me entiende usted: si usted hubiese visto quizá el coche, o cualquier otra pista, quizá eso nos facilitase la localización del otro Lo estamos buscando, pero un hombre es mucho más fácil de esconder que un coche, por ejemplo, así que he pensado que…

—Señor Wade, ¿de qué está usted hablando? ¿Quién es el otro?

—Lo he dejado para el final a propósito, porque me pareció que primero debía aclararle toda la situación, a fin de que, bien enterada, sus ideas se concentrasen en él. —Sacó otro sobre y se lo tendió—. Véalo, su nombre, que sepamos, es Ralph Wendix.

Sophie echó un vistazo a las fotografías robot que sacó del sobre, y dijo:

—Sigo sin entender.

—Este hombre, Ralph Wendix, es el tercero del grupo. El que escapó, llevándoselo todo: dinero, joyas… Salió para vigilar que nadie estuviese por allí y pudiesen verlos salir de la casa, y fue entonces cuando Velda Hard pudo matar a los otros dos. El otro volvió, vio muertos a sus amigos, mató a las dos chicas monas que estaban allí, y se fue. Y nosotros queremos encontrarlo. Por eso, si usted vio un coche o…

—¿Me está diciendo que había tres hombres?

—Claro.

—Señor Wade, había dos hombres.

—Perdón: tres. La señorita Hard…

—Desde luego, ella tiene que saberlo mejor que yo, pero por mi parte solo puedo decir que vi dos hombres, no tres.

—¿Está segura?

—Naturalmente. Estoy segura de que yo vi dos hombres. Pero, claro, podrían haber sido veinte y yo ver solamente dos. No tenía obligación de enterarme de nada ¿verdad? Si vi dos hombres fue por casualidad, estuve todavía un rato a la terraza, me fui a dormir y al amanecer, cuando estaba de nuevo trabajando, me di cuenta de que estaban pasando cosas y salí a… fisgonear. Eso es todo. Ni tercer hombre, ni coche… Sólo eso.

—Vaya… Mala suerte…

—Siento mucho no poder serle de verdadera ayuda.

—Bueno… —Warren estaba decepcionado—. La verdad, tenía más esperanzas… En fin… ¿Me permite que le haga todavía unas preguntas más?

—Hágalas.

—Mire bien esas fotografías de los tres hombres… Y dígame: ¿los había visto antes de ahora?

—Claro que no —frunció el ceño Sophie.

—¿Seguro?

—Segurísimo. ¿Usted cree que sí los vi antes?

—No, no, por favor… No. Pero le diré cómo están las cosas: estos tres muchachos sabían perfectamente lo que los fines de semana ocurría en la casa de al lado, y que había dinero en abundancia. Sólo sabiendo esto, pudieron preparar su… golpe. Estaban perfectamente enterados de todo. De todo. Su comportamiento así lo demuestra.

—Quizá alguno de los de la casa cometió una indiscreción sin darse cuenta.

—Es posible, claro. Pero la teoría más plausible es la de que quizá otra noche cualquiera uno de esos muchachos, vagando a la busca de algo que robar o alguna fechoría que hacer, llegó a la villa, estuvo en el jardín buscando una oportunidad, y, cuando vio a tres hombres, desistió de todo intento. Pero pudo oír y hasta quizá ver desde las sombras del jardín lo que pasaba allí dentro, y luego se buscó dos amigos, unas pistolas… y fueron a dar un golpe de más de cien mil dólares.

—Parece factible, en efecto —asintió Sophie Lukas.

—También tenemos una tercera teoría: que esos muchachos nunca antes estuvieron en el jardín de la villa de al lado, pero que de un modo directo supieron lo que podían conseguir allí.

—¿De un modo directo?

—Alguien pudo decírselo.

—¿Con qué objeto?

—Cien mil dólares no es ninguna tontería, señorita Lukas. Sesenta mil, por lo menos, en efectivo.

—¿Siete vidas por cien mil dólares?

—Parece una salvajada, ciertamente. Así que elaboraremos una cuarta teoría: lo del robo y todo lo demás fue un pretexto para matar sin que nadie pueda pensar en que precisamente lo que allí se pretendía por encima de todo era matar. A una persona determinada, quizá.

Sophie se había sentado en la tumbona, y miraba con expresión desorbitada al hombre del Police Department.

—¿Usted quiere decir que… que… que querían matar a alguien que estaba en esa casa y que… y que…?

—Y que para que la policía no dirigiese sus pesquisas orientados bajo esa teoría, decidieron matarlos a todos. Si hubiesen asesinado a

una sola de esas personas, las pesquisas podrían ser más o menos difíciles, pero bien encaminadas hacia quien o quienes tuviesen interés en que esa sola persona fuese asesinada. Pero con siete cadáveres a la vista, nosotros no podemos centrar nuestra investigación en otro sentido que el de una… masacre estúpida y cruel, sin más averiguaciones. Por un descuido, esos dos muchachos a los que suponemos asesinos contratados, murieron. Pero, de todos modos, es posible que tanto ellos como el que escapó hubiesen sido eliminados por quien los envió. Claro que —sonrió Warren— no olvide que ésta es sólo una de las cuatro teorías elaboradas hasta el momento.

—Pero eso sería horrible… ¡Aún más horrible que pensar que esos muchachos obraron por su cuenta, que eran unos salvajes…!

—Sí, en efecto. Sería más horrible. Pero nosotros nunca descartamos nada, señorita Lukas. Y por eso tenemos un gran empeño en localizar a Ralph Wendix. La señorita Velda Hard nos ha contado la verdad de lo que ella vio y oyó, pero es muy posible que Ralph Wendix explicase los mismos hechos… con diferentes motivaciones. ¿Me comprende?

—Creo… creo que sí. Pero…, ¿a cuál de esas personas querrían matar y por qué?

—Para intentar saber eso tenemos a un montón de agentes investigando las vidas de todos. Incluso me temo —sonrió como disculpándose— que usted misma será investigada. Espero que comprenda que lo hacemos estrictamente en beneficio de la ley, señorita Lukas.

—Sí… Sí, claro.

—Y, en fin, como le he dicho, esta última teoría es posiblemente la menos consistente. Cuando encontremos a Ralph Wendix nos dirá que fue una simpleza de tres canallitas. Bueno… Me parece que he abusado ya demasiado de su tiempo y de su paciencia, señorita Lukas.

Se puso en pie, y se quedó mirando a Sophie, que continuó sentada, como alucinada, hasta que se dio cuenta de que él se estaba despidiendo.

—Es… es horrible todo esto —murmuró—. Y desde luego, una investigación policíaca resulta mucho menos simple de lo que yo pensaba.

—Si está pensando en su guion, puedo asegurarle que el Police Department, y yo mismo personalmente, estamos a su disposición para asesorarla… Siempre y cuando el tema del guion, así como su acción y moraleja final, estén dentro de los límites adecuados.

Hasta la terraza, llegó, apagado, el sonido del timbre
«ding-dong»
de la puerta de la casa.

—Sí… Sí, claro —asintió Sophie.

—Me parece que ahí llega su amiga. Ha sido un placer, señorita Lukas. Y gracias, al menos, por sus intenciones de colaborar con nosotros. Si recordase usted en cualquier momento algo que le pareciese que podía ayudarnos, llame al Departamento, sea la hora que fuere.

Entraron en la casa, llegaron a la puerta y Sophie la abrió, dejando visible afuera a una muchacha pelirroja y pecosa, que se disponía a tocar nuevamente el timbre.

—Hola, Jenny —saludó Sophie.

—Pensaba que no estabas en…

Se calló al ver al policía, y sus ojos se dilataron por el asombro. Warren Wade la saludó con una inclinación de cabeza, sonrió una vez más a Sophie Lukas, con lo cual tenía cubierto su cupo de sonrisas por lo menos para seis meses, y salió de la casa, alejándose.

La pelirroja Jenny entró, emitiendo un silbidito.

—¡Chica, qué hombre! —exclamó—. ¿Es tuyo?

—No seas tonta —rió Sophie.

—Me parece que la tonta eres tú, por dejarlo marcharse. Oye, si quieres puedo volver en otro momento. A lo peor he llegado para estorbar en…

—Vamos, Jenny, deja de decir bobadas.

—¿Bobadas? Bueno, es todo un tipazo, no irás a negarme eso.

Sophie Lukas miró hacia el atlético hombre del P. D., que salía ya del jardincillo delantero.

—No lo niego —murmuró.

—¡Ya sé! ¡Ese guapísimo tipazo va a ser el protagonista de tu próximo guion de televisión!

—No estaría mal —volvió a reír Sophie—, pero me parece que el señor Wade es demasiado serio para esas cosas. Anda, pasa… Te has retrasado mucho.

La puerta de la casa se cerró cuando ya Warren Wade estaba entrando en el coche que había dejado estacionado delante de la casa, en la avenida. Y, efectivamente, estaba muy serio. Encendió un cigarrillo, y estuvo algunos minutos fumando, pensativo… Por fin, miró hacia el coche que había unas yardas más allá, con un hombre sentado ante el volante y leyendo el periódico. Warren sacó la radio de bolsillo, hizo la llamada, y vio al otro hombre meter la mano en el interior de su chaqueta.

Y en seguida oyó su voz:

—Dime, Warren.

—Blyden, no la pierdas de vista.

—Okay.

Warren Wade cerró la radio, la guardó y partió.

CAPÍTULO IV

El inspector Hammond, fruncido el ceño, puso de relieve sus dudas al preguntar:

—¿Realmente crees que vale la pena, Warren?

—Podría ser que sí, señor.

—Espero que te des cuenta de que eso equivale a sospechar muy seriamente de la señorita Sophie Lukas.

—Me gustaría equivocarme, desde luego.

—Pues es lo más probable. Cuando hablaste de ella y de que la habías visto mirando desde la terraza, y todo lo demás, nos dedicamos a investigarla y…

—Ya conozco los resultados —farfulló el policía—. Y, al parecer, si los aceptamos al pie de la letra, la señorita Lukas es una inteligente muchacha, con notable talento literario, y cuya vida, procedencia, amistades, costumbres y antecedentes no pueden ser mejores. Sin embargo, señor, ya coincido usted conmigo en ese punto…

—¿Qué punto?

—Que alguien sabía muy bien todo lo necesario para dar el golpe en esa villa un sábado por la noche. Y Sophie Lukas es una de las personas que mejor podían saber lo que allí sucedía cada fin de semana, aunque soplase viento del mar.

—¿Qué?

—Cosas mías… ¿Sabemos algo de ese Ralph Wendix?

—No. Nada, por ahora. Y han sido repartidas por todo el estado nada menos que cinco mil fotocopias del retrato que hizo Lugin siguiendo las indicaciones de la señorita Hard. Además, esta misma noche van a dar por televisión su rostro, ese retrato robot. Parece poco probable que pueda llegar muy lejos.

—Quizá ya esté muy lejos —murmuró Warren.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que lo tuviesen lodo muy bien planeado… Una de las desventajas de Los Ángeles es que estamos muy cerca de México.

—Entiendo. ¿Crees que esos muchachos podrían tener preparada la fuga hacia México, en avión, por ejemplo?

—Podría ser.

—No llevaban encima ningún pasaje de avión.

—Podrían tenerlos en el coche… No creo que llegasen a pie a la villa; es una zona residencial que queda un tanto apartada de los sitios adonde una persona a pie iría a pasear. También podrían haber tenido en el coche otras ropas…

_Claro… Bueno, no perdemos nada ocupándonos de ese detalle también. En lo personal, considero que vas más acertado en este sentido de ordenar que la señorita Sophie Lukas sea vigilada. Me ocuparé de que se hagan las averiguaciones oportunas en los aeropuertos.

—Estupendo.

—Mientras tanto, tengo algo que quizá te interese. Tuve el aviso hace un rato, pero pensé esperarte, por si quieres atenderlo tú mismo.

—¿De qué se trata?

—Han localizado el domicilio de dos de esos muchachos… Los dos muertos: Waldo Linton y Patrick Sheldon.

* * *

Warren Wade detuvo el coche, y se quedó mirando el edificio viejo, descolorido, de dos plantas, además de la baja. De otro coche estacionado muy cerca, salió un hombre, que se acercó y entró en el de Warren.

—Hola, Warren.

—¿Qué tal, Syd? ¿Es ahí?

—Sí. Llamé al jefe, y me dijo que esperase, que seguramente vendrías tú. Los chicos vivían en el primer piso, encima de la zapatería.

—¿Cómo lo has conseguido?

—El dueño de la zapatería identificó a los muchachos cuando un policía de uniforme le enseñó las fotografías. El policía formaba

parte de mi grupo, y me avisó.

—¿Habéis hecho preguntas?

—Todavía no. ¿No vas a encargarte tú de ello?

Warren Wade asintió con la cabeza, mirando hacia la casa. En la planta baja, una zapatería, a un lado de la entrada. Al otro lado, una lavandería automática. Arriba, simplemente, apartamentos, que no debían ser precisamente elegantes.

—Vamos allá. ¿Has conseguido el permiso para entrar?

—Entiendo que el jefe iba a llamar al fiscal para eso. ¿No te ha dicho nada?

—No.

—Bueno, verás como nos lo envía de un momento a otro. Mientras tanto, podríamos aprovechar para hacer preguntas.

Warren volvió a asentir, salieron del coche, y fueron directos a la zapatería, donde el dueño estaba atendiendo a una mujer que se probaba zapatos. El hombre les dirigió una mirada que expresaba muy claramente que sabía a qué se dedicaban y qué esperaban de él, al mismo tiempo que les hacía una seña de espera.

Finalmente, la cliente se marchó, y el propietario de la zapatería contempló a los dos agentes.

—Policía, ¿verdad? —preguntó.

—Así es. —Mostró Warren su placa, y luego mostró las fotografías de Waldo Linton y Patrick Sheldon—. Entiendo que usted conoce a estos muchachos, señor…

—Farrow… Sí. Los conocía, en efecto. Ya le dije a un agente que vivían encima de mi tienda.

—¿Los dos solos?

—¿Cómo?

—Quizá vivía alguien más con ellos, ¿no?

—Ah, no… No, no, seguro… Vivían solos, desde luego.

—¿Qué clase de muchachos eran?

—Bueno… Normales, usted comprende… Supongo que un poco golfos, claro, pero no parecían malos del todo.

—¿Los trató usted?

—Sólo una vez, en que uno de ellos entró a comprar unas zapatillas de baloncesto.

—¿Hacía mucho que vivían aquí?

—Oh, no… Cuatro o cinco meses.

—El tiempo suficiente para que usted los hubiese visto tantas veces que pudiera identificarlos en el acto, ¿verdad?

—Claro. Los veía con frecuencia, es natural.

—Sin embargo, pese a que los periódicos han publicado sus nombres y fotografías, usted no ha llamado a la policía. ¿Puedo saber por qué, señor Farrow?

—No conocía sus nombres. En cuanto a las fotografías, le diré que no eran lo bastante buenas para mi vista. Ya fue otra cosa cuando me enseñaron ampliaciones bien hechas de sus caras.

—Entiendo. ¿Sabe usted si recibían visitas?

—No.

—¿No recibían visitas o no lo sabe?

—Pues… las dos cosas. No lo sé, pero me parece que no recibían visitas. Al menos, yo nunca supe de ninguna. Claro está que me ocupo de mis cosas, no de las vidas ajenas.

—Naturalmente. Le voy a enseñar otra fotografía, señor Farrow. Y quiero que usted se fije bien… ¿Usa lentes?

—Sólo para leer, ver la televisión…

—Le ruego que se los ponga ahora.

El hombre frunció el ceño. Pero acabó por encoger los hombros, fue en busca de los lentes, y regresó con ellos puestos.

Warren Wade le tendió la fotografía del tercer hombre, Ralph Wendix, aclarando:

—Es una fotografía-robot, pero voy a rogarle que ponga toda su atención al máximo. ¿Alguna vez vio a este otro muchacho con los de antes?

—No —negó tras unos segundos Farrow—. No, desde luego.

—¿En cuatro o cinco meses nunca vio usted a este otro por aquí, o acompañando a Linton y a Sheldon?

—Nunca.

—¿Está seguro? Piense que no tenemos ninguna prisa…

—Por lo que puedo ver, estoy seguro. Ya les he dicho que nunca los vi con nadie. Iban siempre juntos y solos. Ni siquiera traían chicas al apartamento, cosa que me habría parecido muy natural.

—¿Tenían coche?

—Que yo sepa, no. Siempre los veía a pie.

—¿Sabe dónde trabajaban?

—Ni idea. Y mi opinión es que ni siquiera trabajaban… Siempre

andaban de un lado a otro, con las manos en los bolsillos.

—Ya. ¿Sabe de alguien del edificio, o que viva cerca de aquí, que alguna vez tuviera algo que ver con ellos en algún sentido?

—Como no sea en la lavandería de al lado… Sé que lavaban sus ropas ahí. Por lo demás, nunca les vi que tuviesen tratos con nadie.

Warren abrió la boca para otra pregunta, pero en aquel momento se oyó un claxon en la calle. Syd dio un par de pasos hacia el escaparate, miró a la calle 57 a través del cristal y se volvió.

—Me parece que ha llegado el permiso —dijo.

Warren Wade asintió y miró de nuevo al zapatero.

—Gracias por todo, señor Farrow. Es posible que volvamos a hacerle algunas preguntas, si no le molesta.

—Claro que no.

Los dos policías se despidieron con un gesto, y salieron de la zapatería. Syd cruzó la calle, hacia el hombre que se disponía a tocar nuevamente el claxon de su coche. Cambiaron unas palabras, Syd tomó el papel, lo guardó, y mientras el otro hombre regresaba al cocheen el que había llegado, él se reunió con Wade, que le esperaba delante de la lavandería.

* * *

—Entonces…, ¿nada? —preguntó decepcionado el inspector Hammond.

—Nada —movió la cabeza Warren—. Nada de nada, señor. No tenían tratos con nadie, nadie les visitaba. Ni en la lavandería ni en la zapatería hemos podido conseguir nada. También hemos preguntado a los vecinos del edificio, pero las respuestas han sido siempre las mismas: muchachos que vivían su vida, sin relacionarse con nadie, sin problemas con nadie. Entraban y salían, saludaban, y, eso era todo. En cuanto a su apartamento, imagíneselo: dos jóvenes golfos con pocos fondos. Hemos dejado allí a los de Huellas, buscando. Quizá encuentren alguna que nos lleve hasta Ralph Wendix.

—Yo lo dudo —dijo Syd—. Todos los que hemos preguntado han coincidido en que ellos jamás recibían visitas de nadie Ya verás como en ese asqueroso apartamento sólo encontrarán las huellas de ellos dos. Ni siquiera creo que tuvieran una mujer que les limpiase

la pocilga de vez en cuando.

—No es normal —refunfuñó Warren—. Para hacer una cosa así, no se recurre a un desconocido. Ralph Wendix tenía que ser amigo de ellos desde hacía tiempo. Así que no es normal que nunca fuese por allí. Y tampoco me parece normal que nunca llevasen chicas a su apartamento, o que se reuniesen con alguien a jugar al póquer, o a cualquier otra cosa, o a… ¡qué sé yo, demonios!, aunque sólo fuese para tomar drogas, o alguna porquería cualquiera…

—Tómatelo con calma —aconsejó Hammond—. Casi estás haciendo de esto una cuestión personal, Warren… Creo que te conviene un descanso, dormir doce horas seguidas…

—Mi memoria es muy buena —susurró Wade—. Tan buena, que no creo que pueda olvidar nunca lo que vimos en aquella villa, señor.

—Estoy de acuerdo contigo —se estremeció Hammond—, pero no somos máquinas. Solamente queda un culpable por localizar, Warren, y tenemos tantos hombres en ello que no podrá escapar… Dudo mucho que si tú descansas todo se paralice, así que vete a tu apartamento, y descansa. No vuelvas hasta mañana después del almuerzo.

—¿Se sabe algo de los aeropuertos, o de…?

—Oye, yo mando aquí, no tú —masculló Hammond—. Así que lárgate de una vez y deja que los demás también trabajen. Cuando vengas mañana al mediodía te pondré al corriente de todo. Y esto es una orden agente Wade.

—Sí, señor —refunfuñó Warren.

Cuando hubo salido del despacho de Hammond, éste miró a Syd, que, sonriente, comentó:

—Warren es tenaz como un perro de presa… No quisiera estar en el pellejo de ese Ralph Wendix. De todos modos, si no queremos que Warren se quede en la piel y los huesos, será conveniente encontrar cuanto antes a ese tercer hombre.

—Lo encontraremos —aseguró Hammond—. Por listo que sea, por muy bien que lo tuviesen los tres preparado todo, tiene que haber dejado alguna pista. Nadie se hace humo, Syd.

—Bueno… Ojalá cuando Warren despierte mañana ya lo tengamos todo solucionado, señor.

* * *

Pero no.

Ni al día siguiente, ni al otro, ni al otro, ni al otro, habían solucionado nada: Ralph Wendix, sin duda, no se había convertido en humo, pero lo cierto era que nadie tenía la menor pista o noticia sobre él, en ningún sentido.

Velda Hard, la única superviviente del grupo que habían vivido aquel domingo negro, había sido dada ya de alta, y estaba en su apartamento, esperando el permiso de la policía para marcharse de allí tan lejos como fuese posible, lo cual les parecía muy lógico a los federales. Warren Wade la había visitado un par de veces en su apartamento, que vigilaban siempre dos policías, pues, aunque nada se le había dicho a Velda Hard, existía el temor de que Ralph Wendix pudiera intentar matar a la única persona que podría identificarlo a la perfección y sin alternativas posibles. Y en ambas visitas, Warren Wade había encontrado a la muchacha con el equipaje hecho, los nervios destrozados esperando aquel permiso que no llegaba.

En cuanto a la «sospechosa» Sophie Lukas, los agentes que se habían ido turnando en su vigilancia habían pasado siempre el mismo informe: ella apenas salía de la villa, y, cuando lo hacía era para dar un paseo en coche, Cenar en algún restaurante, y volver a la villa. Simplemente, eso. Nadie se había relacionado con ella en ningún momento, excepto la muchacha pelirroja, llamada Jennifer Abbot, y que, por supuesto, había sido investigada. Resultado: una muchacha estupenda, simpática, a punto de casarse, y que trabajaba de mecanógrafa en una oficina; una mecanógrafa velocísima y pulcrísima, motivo por el que Sophie Lukas la había contratado hacía ya casi tres años para que pasase en limpio sus guiones, trabajo que pagaba generosamente, no sólo con dinero, sino con su amistad hacia Jenny Abbot, cosa muy lógica después de tanto tiempo de relacionarse. Y también por supuesto, el novio de Jenny Abbot fue investigado a fondo, pensando en la probabilidad de que la cadena se hubiese formado de este modo: Sophie Lukas había hecho algún comentario a Jenny Abbot sobre los fines de semana de la villa vecina, Jenny Abbot lo había comentado con su novio, y éste podría tener algo que ver con Ralph Wendix, o ser el mismísimo Ralph Wendix, el hombre-fantasma. Tampoco por aquí

se consiguió nada.

—O sea —masculló Warren—, que estamos como al principio, poco más o menos. Lo sabemos todo, y sólo nos falta encontrar a Ralph Wendix.

—Que se ha hecho humo —deslizó con tono fatigado Syd.

—¿Y qué hacemos con la chica? —refunfuñó Western—. Está que salta, señor. Quiere marcharse muy lejos, no deja de decirlo… Asegura que se irá a Miami en cuanto la autoricemos.

—Quizá sería una buena idea —murmuró Wade.

—¿Dejarla marchar? —saltó Lennart.

—¿Por qué no? Supongamos que ese Ralph Wendix que el demonio se lleve es mucho más listo que nosotros, y está vigilando a Velda Hard… Puede que esté disfrazado, y rondando cerca de ella… ¿Qué creéis que haría si se enterase de que Velda Hard se iba a Miami?

—¿Iría él allá para matarla? —Frunció el ceño Weston.

—Vamos, vamos, Warren —protestó Hammond—. Deja esas fantasías… Estamos tratando con golfitos, no con asesinos tenebrosos que se disfrazan, que permanecen cerca de sus víctimas y que pueden seguirlas por arte de magia a donde quiera que vayan… No desenfoquemos el asunto. Ese Wendix es un pobre diablo que debe estar escondido en alguna parte muerto de miedo…

—Pero…, ¿qué perdemos probando, señor? Podemos enviar a Velda Hard a Miami, y allá, nuestros compañeros de esa ciudad se dedicarían a vigilarla día y noche. Si Wendix apareciese por allá, lo cazarían. Y si está por aquí, ¿de qué nos sirve Velda Hard si no podemos presentarle a nadie para que lo identifique?

—No está mal pensado —apoyó Lennart, convencido.

—De todos modos —susurró Warren Wade—, creo que deberíamos autorizarla a marcharse, pues quizá eso lo aclararía todo, más tarde o más pronto. Francamente, este caso empieza a perder sentido. Se está convirtiendo en una aburrida pesadilla, así que empiezo a pensar que estamos caminando en dirección opuesta.

—¡En dirección opuesta! ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que un hombre no desaparece tan completamente como lo ha hecho Ralph Wendix, quien, por otra parte, no ha sido identificado por nadie. Nadie le había visto jamás. Jamás. Hemos repartido fotografías suyas a miles, hemos lanzado su

rostro por todos los canales de televisión del país, se han investigado fronteras mexicanas, aeropuertos, muelles y… Y de Ralph Wendix ni siquiera hemos tenido noticias de que exista o haya existido en alguna parte. Sí… Quizá estemos caminando en dirección opuesta.

Weston lo miró, ceñudo.

—Seguramente, ahora tendrás la amabilidad de aclarar todo eso, ¿no, Warren?

—Es una última teoría que quizá sea un tanto descabellada, pero todos sabemos que a veces…

El teléfono interior de la mesa de Hammond sonó, y el jefe de la delegación descolgó el auricular.

—¿Sí?

—…

—Ah. Sí, dime.

—¿…?

—Sí, sí, él está conmigo, pero yo le daré el recado. Escucho.

—…

—Bien. Gracias, Al —colgó el auricular, y se quedó mirando a Warren Wade, con gesto un tanto esperanzado—. Se ha recibido un recado telefónico para ti, Warren: la señorita Sophie Lukas quisiera que fueses a visitarla… ¿Adónde vas?

El policía se había puesto en pie en el acto Siempre reposado, desde luego.

—A visitarla, naturalmente, señor.

—Bueno, bueno, un momento… Estabas hablándonos de una última teoría, ¿no?

—Es muy posible que la señorita Lukas haya recordado algo, señor. Ya convinimos eso… Y puede que sea una pista mucho más importante que mi descabellada teoría.

—Lo que pasa —sonrió Lennart—, es que la señorita Lukas es un bombón, así que a mí me parece muy lógico que quieras verla ahora mismo.

—No digas esas cosas —sonrió también Weston—. Warren es demasiado serio para haberse fijado en esos detalles.

—Pues ahora que lo decís —sonrió prietamente Warren Wade—, si, recuerdo que es muy bonita. ¿Le importa que dejemos esa teoría para más tarde, señor?

—¿Tan descabellada es que no podemos nosotros trabajar en ella mientras tú te convences de que la señorita Lukas es… un bombón? —Frunció el ceño Hammond.

—Absolutamente descabellada. Apuesto a que la señorita Lukas tiene algo mejor para nosotros.

—¿Ya no desconfías de ella? —deslizó Syd.

—Me gustaría escucharla, eso es todo. ¿Puedo señor?

—Ten cuidado en la autopista —gruñó Hammond.

CAPÍTULO V

—Buenas tardes, señorita Lukas.

—Ah, señor Wade… Buenas tardes. Pase, por favor.

El policía entró en la casa, Sophie señaló hacia el salón, y ambos fueron hacia allí. Warren alzó las cejas al contemplar el perfecto orden que había en todo el salón.

—Supongo que está sorprendido —adivinó Sophie, sonriendo—. Es que cuando trabajo nunca me preocupo demasiado de la limpieza y cosas así.

—¿Ha terminado su guion?

—Desde luego. Dije que lo entregaría el jueves, y ayer lo hice, después que Jenny terminó de pasarlo en limpio. Hoy es viernes, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Es agradable encontrar una persona que se toma con seriedad y formalidad su trabajo… Entiendo que usted llamó solicitando mi presencia, señorita Lukas.

—Sí. Siéntese, por favor —lo hicieron ambos, y Sophie se quedó mirándolo atentamente—. Mis padres viven en Fresno, señor Wade. Esto es, tierra adentro. A mí me gusta mucho el mar, y casi fue eso exclusivamente lo que me impulsó a venir a vivir a la costa.

—Ah —parpadeó Warren—. Sí, entiendo. A mí también me gusta más vivir en la costa.

—La verdad es que no los veo mucho. A mis padres… Pero suelo visitarlos cada vez que termino un trabajo, durante algunos días. Esta vez, coincide la terminación de mi trabajo con el fin de semana, y he pensado ir a verlos. Seguramente, estaré allí algo más de una semana.

—Bien… Vaya, me parece estupendo, naturalmente.

—Y he pensado que debía pedirle permiso a usted para

ausentarme de aquí.

—¿Cómo? —Se pasmó Warren—. ¿Me ha llamado para eso, señorita Lukas?

—Básicamente, sí. Ya sé que usted no me dijo eso de «no abandone la ciudad», o cosa parecida, pero creo que no está de más advertirle de mi marcha. ¿Hay inconvenientes?

—Ninguno, por supuesto.

—Entonces, quisiera pedirle un favor.

—Los que quiera.

—Es usted muy amable. Dígame: ¿puedo ir a ver a mis padres sin llevar detrás a un hombre que se pasa el día vigilándome?

Warren Wade quedó un instante petrificado.

—¿Cómo dice? —se interesó en seguida, cortésmente.

—Si no es la policía quien ha puesto vigilancia sobre mi casa y mi persona, la cosa cambia, claro —sonrió simpáticamente Sophie —. Lo cierto es que siempre estoy vigilada, señor Wade. Pensé que era cosa de usted, pero, si no es así, pues… creo que debo pedir protección a la policía, porque no me gusta que unos hombres se vayan turnando, vigilándome. ¿De verdad no es cosa suya, señor Wade?

El policía casi se sentía molesto por una cosa: sentía deseos de sonreír siempre que veía a Sophie Lukas. Le ofreció un cigarrillo, encendió otro para sí, y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, señorita Lukas: indicaré a mi jefe que cese la vigilancia.

—Se lo agradezco —suspiró graciosamente ella—. Mis padres y vecinos de la infancia podrían pensar que estoy metida en negocios sucios, ¿no le parece?

—Supongo que sí —sonrió Warren.

—¿Realmente ha estado… o está sospechando usted de mí, señor Wade?

—Pues… Bueno, señorita Lukas, todas las investigaciones tienen siempre un lado más desagradable que otro, francamente.

—¿Ha pensado que yo podía ser la cómplice de esos dos hombres que asaltaron la villa vecina? ¿De verdad?

—Alguien lo fue, sin duda alguna. De los tres hombres, señorita Lukas. Tres, no dos.

—¿Es usted hombre de ideas fijas?

—En absoluto. Por el contrario, mis ideas siempre van adaptándose a los nuevos acontecimientos.

—Magnífico. Ayer terminé el guion, y me puse a leer periódicos atrasados de estos días. ¿Recuerda que le dije que tenía que escribir pronto un guion policíaco?

—Lo recuerdo muy bien.

—Ya tengo la idea central. He escrito unas cuantas páginas esta misma mañana… ¿Querría usted leerlas?

—Con gusto. Y puede usted contar conmigo como asesor, dentro de las condiciones que le mencioné.

—Es usted muy amable, señor Wade. Le traeré ese pequeño borrador. Le será fácil leerlo, porque está sin tachaduras, pero escrito de cualquier manera, buscando rapidez para no perder el hilo de las ideas… Un momento.

Fue a la mesita donde estaba la máquina de escribir, metió dos dedos en uno de los archivadores de suplemento, y sacó unos cuantos folios, que segundos después estaban en manos del policía. Éste miró el título escrito en la primera página: Dos y uno… dos.

Miró a Sophie Lukas, con más atención que nunca, porque en aquel mismo instante tuyo el presentimiento que, aproximadamente, iba a leer allí más o menos la misma teoría descabellada que había tenido él últimamente.

—Dos y uno son tres, no dos —susurró.

—Nada hay infalible en el mundo —susurró también ella—. Ni siquiera las matemáticas, señor Wade.

Warren asintió con la cabeza y sin más, comenzó a leer. Eran cuatro folios, escritos a doble espacio, con gran cantidad de fallos mecanográficos, cambios de letras, palabras con falta de letras… Pero, en efecto, se entendía perfectamente, y a medida que iba avanzando en la lectura, el rostro de Warren Wade se iba mostrando más y más impenetrable.

Por fin, volvió a mirar a la muchacha.

—¿Le importaría prestarme estas páginas unos días, señorita Lukas? Me gustaría que las leyese mi jefe… Creo que ni yo mismo habría expresado mejor mi última teoría.

—Ah… ¿Quiere decir que también usted había encontrado esa… solución matemática?

—Estaba a punto de exponérsela a mi jefe cuando recibí el

recado de su llamada.

—Entonces, no soy tan exclusivamente lista como pensaba.

—No se subestime —dijo Warren, con rabia, con calor—. Por el contrario, me he convencido de que es usted una muchacha muy inteligente.

—Muchísimas gracias —rió ella—. Entonces…, ¿no le parece malo mi próximo argumento?

—Estoy seguro de que será un estupendo telefilme. Eso, aun en el caso de que dicho argumento no responda a la realidad, y que, por tanto, resulte que también mi teoría es falsa… ¿Realmente va a visitar a sus padres?

—Si usted no tiene inconveniente.

—Ninguno —agitó las cuartillas—. ¿Puedo quedármelas?

—Si me las devuelve dentro de ocho o diez días, sí.

—Es muy posible que pueda hacerlo antes. Si me da su dirección en Fresno, se las enviaré por correo.

—Se la anotaré ahí mismo. —Sophie tomó las cuartillas, puso una de ellas a la máquina y escribió la dirección a velocidad que dejó estupefacto al policía, al devolvérselas, dijo—: ¿Ha estado en Fresno alguna vez, señor Wade?

—Sí, alguna vez, desde luego.

—¿Le gusta?

—Sí, claro… Pero prefiero la costa.

—Yo también. De todos modos, si usted quisiera llevarme personalmente esas páginas, le enseñaría Fresno, y seguramente le gustaría más que hasta ahora.

—Lo tendré en cuenta. —Warren dobló las cuartillas, y se las guardó—. Gracias, señorita Lukas. Espero que tenga un buen viaje.

—Soy una conductora experta y prudente.

—Lo celebro. Bien… Hasta la vista.

—Hasta la vista. Ah, señor Wade, todavía tengo algo más para usted. Espero que no le moleste.

—Por supuesto que no. ¿De qué se trata?

Sophie se acercó a él, le echó los brazos al cuello y le beso en la boca, largamente, despacio, profundamente. Warren Wade se limitó a poner sus manos en las tibias y turgentes caderas femeninas, esperando, inmóvil, a pesar de que tenía la sensación de que, de pronto, una inesperada y hasta entonces inexistente locomotora se

había puesto en marcha dentro de su pecho, lanzando fuego y pitidos a todas partes furiosamente.

Por fin Sophie Lukas apartó sus dulcísimos labios de la bocaza del policía y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Y bien? —preguntó, casi sin aliento.

—No —dijo impávido Warren Wade—. No me ha molestado en absoluto, señorita Lukas.

CAPÍTULO VI

John Hammond estaba pálido, lívido, cuando terminó la lectura de aquellas cuartillas. Había sido el último del grupo encargado del caso en enterarse, porque cuando Warren regresó, se hallaba ausente del departamento…, pero, su impresión no fue menor que la que habían experimentado los policías reunidos en su despacho.

—Por el amor de Dios… —jadeó.

—Ya le dije que le parecería descabellada, señor —dijo Warren.

—¿Descabellada? ¡Es absolutamente brutal! ¿Éste… argumento se le ha ocurrido a esa muchacha? ¿Ésta es la teoría que tú ibas a exponerme antes?

—Posiblemente, habría puesto unas cuantas cosas menos. Tengo que admitir que la señorita Lukas escribe mejor que yo.

—Ya… Bueno, pero… No sé. Demonios, Warren, esto es una… una…

—Una brutalidad, señor. Ya lo ha dicho.

—A mí me parece más que aceptable —murmuró Lennart—. Y me siento bastante tonto por no haber tenido la misma idea, señor. La señorita Lukas tiene razón: dos y uno, pueden ser dos, a veces.

Hammond fue mirando a los demás agentes, que, a su vez, le contemplaban fijamente, esperando. Todos ellos, y muchos hombres más en Los Ángeles y casi en todo el país, se estaban volviendo locos buscando al fantasmal Ralph Wendix. Y allá tenían una posible solución. Descabellada, brutal…, pero era una teoría digna de ser tenida en cuenta.

—De acuerdo —musitó por fin Hammond—. Teoría aceptada.

* * *

—Entonces…, ¿puedo marcharme, por fin? —exclamó Velda Hard.

—Así es, señorita Hard —asintió Hammond—. Este caso se está alargando demasiado, y le aseguro que tenemos mucho trabajo siempre en la policía. No es que nos demos por vencidos, ni mucho menos. Seguiremos trabajando.

—¿Pero yo puedo marcharme?

—Ya le he dicho que sí.

—¿A Miami?

—Adonde usted guste, siempre y cuando nos facilite su nueva dirección. Por el momento, el caso va a quedar en suspenso, pero en breve tendrá que celebrarse alguna vista a puerta cerrada, habrá que establecer un sumario para los archivos… A pesar de ello, ya le digo que nosotros seguiremos buscando a Ralph Wendix. Y, claro, si durante la vista para el sumario de archivos llegásemos a necesitarla, usted tendría que venir.

—Oh, sí… ¡Sí, lo entiendo! Les enviaré mi dirección en cuanto me haya instalado en Miami, se lo aseguro. Me gustaría… ¡me gustaría marcharme ahora mismo!

—Podemos ayudarla a conseguir un pasaje de avión —dijo comprensivamente Hammond—. Supongo que estará usted mejor viajando que permaneciendo otra noche más encerrada en este apartamento. Si le parece bien, el agente Wade la llevará al aeropuerto y se encargará de facilitarle las cosas en todos los sentidos.

—¿De verdad lo hará? —Se volvió Velda Hard hacia Wade.

Éste, que se hallaba junto a la puerta del saloncito apoyado con un hombro en la pared y mirando fijamente a Velda, casi consiguió sonreír, despejando el hermetismo de su rostro.

—Estaría encantado de poder ayudarla, señorita Hard —aseguró.

—Gracias. Yo… Bueno, creo que podemos salir en seguida, tengo mi equipaje preparado hace días.

—Lo bajaré al coche —se ofreció el policía.

* * *

Al pie mismo de la escalerilla del avión, Velda Hard tendió su manita a Warren Wade.

—Gracias… ¡Gracias por todo, señor Wade!

El policía mostró un gesto amable. Como se merecía la bella jovencita rubia. Estaba encantadora, ahora que no se notaban apenas las señales de golpes en su rostro, que se había serenado completamente, que incluso estaba alegre, feliz por poder marcharse de Los Ángeles.

—Sólo he cumplido con mi deber, señorita Hard. No se olvide de enviarnos su dirección de Miami. Y si algo precisase allí, no vacile ni un instante en acudir a la policía de esa ciudad.

—Sí, si… No olvidaré nada. Adiós… Adiós, señor Wade.

—Feliz viaje, señorita Hard.

Por fin, ésta subió al avión, y el policía se alejó. Poco después el reactor despegaba en una cercana pista, atronando el aire con sus potentes motores. Warren Wade notó la presencia a su lado, pero no volvió la cabeza hasta que el avión se hubo perdido en la noche, titilando sus luces igual que estrellas de colores.

—Bueno, señor; ahí va nuestra última esperanza —musitó Wade.

John Hammond asintió con la cabeza.

—De todos modos, no perderemos nada si nos hemos equivocado… Lo malo va a ser la espera.

—Pero como usted bien dijo, señor, siempre hay mucho trabajo en la policía. Mientras esperamos, nos ocuparemos de esos muchos trabajos. Y ya verá usted cómo no seremos nosotros los que perderemos antes la paciencia.

* * *

¡Por fin, su paciencia había dado fruto!

Allí estaba, en el avión que la llevaría en vuelo directo a Miami. Atrás, quedaba todo: Los Ángeles, la villa donde había sucedido todo… ¡Y la policía!

Sentada junto a una ventanilla, Velda Hard oyó la indicación de que los pasajeros podían desabrocharse ya los cinturones, y después de hacerlo, echó el respaldo un poco más hacia atrás, se acomodó, y cerró los ojos.

Y en seguida, acudieron los pensamientos y las imágenes a su mente. Una vez más, todo volvió a pasar por su mente, como si se tratase de una película. Se estremeció fuertemente, en verdad aterrada, porque en algunos momentos, se había arrepentido de su decisión final, había pasado un miedo espantoso… En realidad,

había complicado las cosas, pero… había salido bien. Eso era lo importante. Lo único importante.

Pero volvió a estremecerse al recordar todo lo sucedido aquella noche, aquella madrugada del domingo negro.

* * *

—Bueno —dijo Jasper—. Ya tenemos formada la segunda parejita para esta noche. De modo que sabemos quiénes van a formar la tercera.

—Ya me tocó con Desmond la semana pasada —casi protestó Irma.

—¿Y qué? —Se mosqueó Desmond Tobey—. Aquí se hacen los sorteos para algo, querida. Además, ¿tengo algo de malo?

—No he dicho eso, pero…

Irma Bennet se calló de pronto, y se quedó mirando, con los ojos muy abiertos, hacia la doble puerta, que daba a la terraza del jardín de atrás. Los demás, extrañados, miraron también hacia allí, y vieron entonces a los dos muchachos tan silenciosamente aparecidos. La única que reaccionó fue Connie, al ver la pistola que empuñaba cada uno de ellos. Una pistola con silenciador, que arrancó un gritito a Connie Fisher.

—Hola, pimpollos —saludó el más bajo de los muchachos, sonriendo—. ¿Cómo va la juerga?

—¿Quiénes son ustedes? —saltó por fin Jasper Webster—. ¿Con qué permiso han entrado en mi casa?

—Es divertido el tipo —dijo el muchacho más alto—. ¿No te parece, Pat?

—Oh, sí, Waldo querido; es divertido el tipo. Pero nosotros también somos divertidos… a veces.

—Si —aseguró Waldo—. Nosotros somos divertidos a veces, así que comprendemos que ustedes se diviertan en grande. Sólo que no está bien que quieran acaparar toda la diversión del mundo. ¿Qué tal si nos dan mía poca?

—Mejor que nos den primero el dinero —dijo Pat.

—Buena idea. Primero, el dinero. Luego, si nos viene de gusto, ya nos divertiremos. A ver, señores vacíen sus bolsillos. Y háganlo en seguida. Sobre ese sillón.

—Escuchen —se adelantó Alvin Reynolds—. Si piensan…

—Escuche usted —movió Pat la pistola—. Si no sueltan pronto su dinero, vamos a divertirnos de un modo que ustedes no podrán celebrar nunca. ¿Lo entienden? No estamos bromeando. Así que pongan todo su dinero sobre ese sillón. Y vosotras, guapas, descargaros del peso de vuestro oro. ¡Vamos, moveos, zánganas!

Velda Hard fue la primera. Se acercó al sillón señalado, y comenzó a depositar allí sus joyas, regalo del complaciente y generoso Desmond Tobey, que frunció el ceño, pero se guardó de hacer nada por impedirlo. Connie, que parecía la más asustada, la imitó rápidamente, y luego lo hicieron los demás; las mujeres dejaron sobre el sillón sus joyas y los hombres sus billeteras. Para entonces, ya nadie hablaba, se había hecho un sombrío silencio. Cuando terminaron, Waldo se acercó al sillón, echó un vistazo al botín reunido, y luego desvió su mirada hacia Jasper Webster.

—Andando —dijo.

—¿Qué? —se desconcertó Jasper.

—Vamos a su despacho, amiguito. Y si no abre su caja, yo le abriré la tapa de los sesos. ¿Está claro? Y lo mismo haré si intenta dárselas de tipo listo. Además, si yo doy un solo grito, Pat va a comenzar aquí, y se va a armar una escabechina. Conque vamos allá, pimpollo.

—Pero no…, no tengo más dinero en casa…

—Piénselo bien, tío listo —entornó los ojos Waldo—. Si usted no abre esa caja, la abriré yo…, después de haber abierto su cabeza. No lo repetiré.

—Por Dios —tartamudeó Irma—. Obedéceles, Jasper, dales el dinero y que se marchen.

—Esa chica es lista —dijo Waldo—, me gusta.

—A mí me gusta más la otra —señaló Pat con la pistola a Connie.

—¿Y la tercera? —sonrió Waldo, señalando a Velda Hard.

—La tercera —la miró Pat, y le guiñó un ojo— es la que más me gusta de las tres. ¡Caracoles, Waldo, hoy es nuestro día de suerte! Lo tenemos todo; dinero, mujeres, buenas bebidas… Y hasta seguramente tendrán cosas exquisitas para llenar la barriga… ¿Verdad que habéis cenado como reyes y reinas, prenda? —Volvió a guiñarle un ojo a Velda.

—Bueno, primero el dinero —se entercó Waldo—. Usted,

pimpollo; caminando hacia el despacho.

Jasper Webster todavía vaciló, pero pronto comprendió que no tenía opción. Ciertamente, aquellos dos muchachos no estaban allí, armados, para dedicarse a gastar bromas. Así que salió del despacho, seguido de Waldo.

Y tres minutos después, los dos regresaban al salón, donde Pat, sentado en un sillón muy repantigado, contemplaba a los demás silenciosos personajes. Desvió la mirada al oír las pisadas y sonrió al ver la brazada de billetes que llevaba su amigo.

—Oye, fíjate en esto —decía Waldo—. Somos ricos, Pat.

—Cuenta, cuenta —se relamió Pat—. A ver si es verdad que hay más de treinta o cuarenta mil dólares.

Waldo se arrodilló ante el sillón donde acababa de dejar el dinero con el resto del botín y comenzó a contar. El silencio era total, salvo el rumor del mar, que llegaba amortiguado hasta allí, traído por la brisa que soplaba tierra adentro. Y por el crujir de algunos billetes de cuando en cuando.

—Sesenta mil dólares —exclamó incrédulamente Waldo, por fin —. ¡Sesenta mil dólares, Pat! O algo más quizá… Y luego están las joyas de las nenas… ¡Apuesto a que sacamos más de cien mil en total!

—Que el diablo te oiga —sonrió Pat, poniéndose en pie—. Bueno, mételo en la bolsa todo. Yo voy a ver si tenemos algo exquisito para cenar. Tú y tú, monadas —señaló a Connie e Irma—, venid conmigo a la cocina; vais a hacer de camareras, y mucho cuidadito con lo que hacéis.

—Sería mejor que nos largásemos ya —sugirió Waldo.

—¿Por qué? Sabemos que aquí nunca viene nadie que no esté invitado, los sábados por la noche —sonrió—. Menos nosotros, claro. Vamos, no seas tonto, Waldo; podemos pasar unas horas estupendas aquí. Tú vigila bien a éstos. Vosotras, camareras, ¡en marcha!

Pat salió del salón, llevando por delante a las cada vez más asustadas Irma y Connie. Waldo fue metiendo el dinero y las joyas en un saco de lona, dirigiendo frecuentes y veloces miradas a los tres hombres, hasta que, finalmente, masculló:

—Siéntese con la chica en el sofá; me están poniendo nervioso.

En silencio, Jasper Webster, Alvin Reynolds y Desmond Tobey,

obedecieron, sentándose junto a la silenciosa e inmóvil Velda Hard. Waldo acabó de llenar la bolsa, la cerró, la dejó en el suelo y miró a su alrededor. Vio el bar, y se dirigió hacia allí, siempre manteniendo la vigilancia sobre los tres hombres.

Tomó una botella de *whisky* y dos vasos, y regresó al centro del salón. Dejó la botella y los vasos sobre la mesita de centro, se sentó en un sillón, y llenó uno de los vasos.

—Felicidades —dijo, alzándolo.

Bebió un buen trago, abrió mucho los ojos, chasco la lengua, y luego miró la etiqueta de la botella, lanzando un silbido de admiración y comprensión. Acabó de otro trago el contenido del vaso, volvió a chascar la lengua, y su mirada se clavó, sonriente, en Velda Hard, que bajó los párpados.

—Qué linda mosquita muerta —rió Waldo—. Sí que es la más bonita de las tres, sí… ¿Con quién te había tocado esta noche, encanto?

Velda Hard no contestó. Pero alzó los párpados, entonces, y su mirada fue hacia la puerta-ventana. Waldo Linton se limitó a soltar una risita, y a mover negativamente la cabeza. Se sirvió más *whisky*, con grandes gestos de admiración y complacencia, y se dedicó a beber, mirando cada vez más torvamente a los tres silenciosos hombres, que parecían estatuas, inmóviles en el sofá.

Pal y las otras dos muchachas reaparecieron cuando Waldo había terminado ya su tercer vaso de *whisky*, y sus ojos comenzaron a mostrarse turbios y malignos.

—¡Ove, Pat, prueba esto! —Alzó la botella de *whisky*, y la tiró a las manos de su amigo, que la tomó sobresaltado—. Es de lo mejor que habrás bebido en toda tu vida.

—Puede que sea lo mejor, pero me parece que no has debido beber tanto —refunfuñó Pat.

—¡Tonterías! —De un manotazo, despejó la mesa, y miró a Irma y Connie, que portaban una bandeja cada una—. ¡Vosotras, poned aquí todo eso y sentaos con vuestros amiguitos! ¡Venga, so p…, moveos!

Las bandejas comenzaron a temblar en las manos de las muchachas, hasta que consiguieron dejarlas encima de la mesita. Pat soltó una risita, bebió un trago y dijo:

—Sí que es bueno, demonios… Pero será mejor que comas algo

pronto; con el estómago vacío, va a sentarte mal, Waldo.

—Tonterías, tonterías, tonterías… ¿Y esto que es? Parece carne, pero…

—No sé. Ellas lo saben.

—Tú —señaló Waldo a Velda Hard—, ven a decirme qué es esto que parece carne.

Velda fue hacia allá, miró lo señalado y musitó:

—Son filetes de pato.

—¿Filetes de…? ¿Pretendes tomarme el pelo, guapa?

—No. Nos trajeron esto de un restaurante chino; es pato a estilo mandarín.

Waldo Linton estaba en verdad estupefacto.

—Pato a estilo mandarín… ¡Pato a estilo mandarín! Maldita sea, vosotros sí que sabéis vivir; bueno, iremos comiendo de todo un poco… Como ahora vamos a ser ricos, será cuestión de ir acostumbrándose a lo bueno… Pon un poco de música, guapa.

Velda Hard, de espaldas a sus amigos, se quedó mitrando fijamente a Waldo, que volvió a sonreír, divertidísimo.

—¿No me has oído? ¡Pon música!

La muchacha dio la vuelta, y se dirigió hacia el mueble que era a la vez librería, tocadiscos y discoteca. Puso un disco en el aparato, bajó el tono, y fue a sentarse de nuevo. Pat se había sentado a un lado de Waldo, y ambos comenzaron a comer, dejando las pistolas sobré un brazo de sus respectivos sillones. Durante unos minutos, estuvieron comiendo, en silencio… Un silencio relativo, ya que hacían un ruido repugnante al masticar. De cuando en cuando, Pat alzaba la mirada, y en sus labios grasientos aparecía una sonrisa dedicada a Connie Fisher.

—¿Y el champaña? —dijo de pronto Waldo—. ¿Acaso en una casa como ésta no hay champaña?

—Iré a buscarles una bot… —empezó Jasper Webster, poniéndose en pie.

—¡Quietecito ahí, tío listo! —Tomó Waldo la pistola—. Ustedes tres, los machos, se van a quedar quietos hasta que nosotros lo digamos. Las chicas, no. Las chicas tendrán que moverse mucho y bien —rió agudamente—. Sí, la idea es buena. Por el momento, que vaya una de ellas a buscar champaña.

Pat se puso en pie rápidamente.

—Yo iré. Pero ésa va a acompañarme, para decirme dónde está —señaló a Connie.

—No, no —negó la sobresaltada Connie—. Yo no sé dónde está, no lo sé…

—Pues lo buscaremos juntos —sonrió amablemente Pat—. Y ya verás cómo algo encontramos, pequeña. ¡Vamos, muévete o te meto una bala en…, en un sitio!

Tomó la pistola, y Connie se puso en pie de un salto, dando un gritito. Se escabulló hacia la cocina, seguida por Pat, que reía sin cesar… Cuando regresaron, Pat llevaba dos botellas de champaña en una mano… y Connie, lívida, mostraba algunas manchas aceitosas en el rostro y en el vestido, y éste se veía desgarrado en un hombro. Alvin Reynolds se mordió los labios, y palideció, pero siguió inmóvil. Waldo empezó a reír.

—¡Pero, hombre, ten paciencia! —recomendó—. ¡Hay que hacer siempre las cosas por orden!

—Es que estoy acostumbrado a pedir anticipos —sonrió como un niño Pat.

Waldo comenzó a reír, expeliendo trozos de pato a estilo mandarín. De pronto, dejó de reír, se limpió la boca con una manga, y se quedó mirando fijamente a Connie Fisher.

—¿Sabes que tienes razón? —murmuró—. Me gusta más ésta que la otra.

—Bueno —dijo Pat—. A mí me tiene sin cuidado. La verdad es que no tengo preferencias.

—Eso está bien… Eso está muy bien, compañero. Entonces, quedarnos en que ésa es para mí…, aunque las tres están para comérselas. ¡Exacto! Así que vamos a cambiar de menú un momentito…

Se limpió las manos en el sillón, se puso en pie, y fue hacia Connie. Alargó la mano hacia ella groseramente… y Alvin Reynolds no pudo resistir más; se puso en pie de un salto, asió de un hombro a Waldo para hacerlo girar y le descargó un fortísimo puñetazo en la barbilla, derribándolo de espaldas, y al parecer, dispuesto a abalanzarse sobre él.

Precipitadamente, con la boca llena de comida, Pat tomó su pistola y disparó.

Plop.

Así de sencillo.

Alvin Reynolds lanzó un gemido, se llevó las manos al rostro, y se derrumbó. Durante un par de segundos, nadie fue capaz de reaccionar. Por fin, Connie se llevó las manos a la cara, se inclinó hacia delante, y comenzó a llorar.

Waldo se puso en pie, hecho una furia, llameantes los ojos, y la emprendió a puntapiés con Alvin Reynolds, que parecía un saco, tendido inerte en el suelo. Hasta que por fin, Waldo tuvo que comprender; se inclinó sobre él, le tomó una mano, y segundos después, miraba a Pat.

—Me parece que lo has matado —dijo, con voz ronca.

Pat se puso en pie, todavía con la pistola en la mano. Tenía el rostro desencajado.

—Él ha tenido la culpa —jadeó—. Les dijimos que se estuviesen quietos, y nada habría pasado, si hubiesen obedecido… ¿Qué hace usted? —le gritó a Jasper Webster.

Éste se había puesto en pie, dando un paso hacia Alvin Reynolds. Contestó con voz crispada:

—Quizá aún esté vivo, y podamos…

—¡No podemos nada! —aulló Pat, fuera de sí—. Y ya les he dicho que se estén quietos, malditos sean. Les voy a enseñar a obedecer cuando…

Su voz se ahogaba en rabia y miedo. Saltó hacia Jasper Webster, y le descargó un golpe con la pistola en la cabeza. Webster lanzó un grito, y cayó de rodillas, pero Pat continuó golpeándolo, como enloquecido, mientras Waldo, recogiendo su pistola, hacía lo mismo con Desmond Tobey, también fuera de sí… En pocos segundos, la brutal paliza dejó a los dos hombres tendidos en el suelo, sin sentido, y Waldo y Pat quedaron junto a ellos, jadeantes, relucientes los ojos. En realidad, estaban fuera de sí más por miedo que por otra cosa; evidentemente, el crimen no había entrado en sus cálculos, de modo que lo sucedido les había hecho perder los nervios Estaban tan excitados y asustados que incluso las mujeres lo comprendieron, y adoptaron la más razonable de las actitudes; inmovilidad y silencio absolutos, incluso Connie, que dejó de llorar. Ni siquiera los miraban… Era como si ellas no estuvieran allí. Al menos hacían lo posible por no hacer sentir su presencia.

Hasta que, por fin, Waldo volvió a mirar a Connie, y su rostro se

crispó.

—No creas que me olvido de nada —susurró—. Sigues gustándome. Vigila a las otras dos, Pat. Luego te tocará a ti.

CAPÍTULO VII

El primero en recuperar el conocimiento fue Desmond Tobey. Estuvo un instante desconcertado, tendido en el suelo. Luego, se sentó, y en seguida vio a Irma y a Connie, tendidas, sollozando quedamente. Velda Hard continuaba sentada en el sofá, rígida, como si fuese de piedra.

—¿Usted gusta?

Volvió la cabeza, y vio a Pat y Waldo sentados, comiendo.

—El ejercicio nos ha abierto el apetito —dijo Waldo—. Pero todavía quedará algo para ustedes. Vuelva a sentarse en su sitio.

Aterrado, Desmond Tobey, obedeció. Pat y Waldo estaban completamente borrachos de comida y de *whisky*, que alternaban con el champaña… No. Al parecer el champaña se había terminado y habían vuelto al *whisky*. Y Tobey lo comprendió todo perfectamente; aquellos dos muchachos habían perdido por completo el control sobre sí mismos y sobre la situación, se habían trastornado, se habían convertido en dos animales. Sus nervios se habían roto, estaban siendo víctimas de las circunstancias.

Jasper Webster tardó todavía casi diez minutos más en despertar, y sin que nadie le dijese nada, tras una mirada a Alvin Reynolds y a las chicas, fue a sentarse junto a Tobey. Con una mirada, los dos se entendieron perfectamente. Sabían que la cosa estaba muy mal, y que iría empeorando a medida que aquellos dos muchachos fuesen bebiendo más y más… Pero también por su expresión, ambos comprendieron que al otro no se le ocurría nada.

Sólo podían esperar.

Pero, esperar… ¿qué?

—¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntó de pronto Waldo.

Velda Hard lo miró y musitó:

—Yo le llevaré allá, si quiere.

—Seguro que sí… Camina, prenda.

Se puso en pie, al mismo tiempo que Velda. Por un momento, pareció a punto de caer, pero se sobrepuso y se fue con ella, saliendo ambos del salón. En silencio, llegaron al cuarto de baño de la planta baja, y entonces, Velda Hard dijo, secamente:

—Mete la cabeza en la bañera.

Waldo obedeció, con docilidad. Velda descolgó la ducha-teléfono, la colocó sobre Waldo, y abrió el grifo. Waldo resopló cuando el agua fría cayó sobre él, pero permaneció allí medio minuto, refrescándose, recuperándose. Luego, Velda le tendió una de las toallas, con gesto brusco.

—Lo habéis estropeado todo —dijo.

Waldo dejó de secarse, y la miró, entre indeciso y furioso.

—Han sido ellos —mascullό—. Debieron estarse quietos, tal como les ordenamos.

—No es ésa la cuestión. La cuestión es que no habéis hecho lo convenido. Quedamos en que os iríais en cuanto tuvieseis el dinero. Os he estado haciendo señas, pero no me habéis hecho caso… Y ahora, tenemos a un hombre muerto en el salón, Waldo.

—Ha sido culpa de él.

—¡No ha sido culpa de él, sino vuestra! —estalló Velda.

—¿Qué te pasa? ¿Los compadeces ahora? Fuiste tú quien lo planeó todo. ¿No es cierto? Nos fuiste a buscar, nos dijiste que podíamos conseguir por lo menos veinte mil dólares para Pat y para mí en una sola noche, con facilidad… ¿No fue así?

—Sí, pero…

—¡Ningún pero! Además, eres muy lista… ¿Por qué sólo veinte mil dólares para nosotros y lo demás para ti? Sí, eres muy lista… Más de ochenta mil dólares para ti, y encima quedarías como una pobre muchachita que ha sido atacada por unos sujetos, nadie sospecharía de ti. ¡Lo tienes muy bien planeado! No eres muy fiel a quien te mantiene, ¿verdad?

—¿Fiel a esos… esos…? ¿Qué soy para ellos, para Desmond, concretamente? ¡Nada! Si acaso, como un bonito juguete, al que le gusta adornar con collares y pulseras. ¡Como un perro muy bonito, al que se le compra un collar y una manta de lana para el invierno! He conocido a muchos como él. Cualquier día, se habría cansado de

mí, me habría quitado los regalos, y me habría dado unos cuantos dólares, diciéndome que me sentaría bien un viajecito… Y cuando volviese, él ya me habría olvidado, ya tendría otra…, otro perrito adornado con el collar y la manta… ¡Todos son iguales! Y ya estoy harta de esto… Mi plan era bueno, Waldo; los tres habríamos tenido dinero, y si nos hubiésemos limitado a eso, ellos seguramente ni siquiera habrían avisado a la policía. Sé que no sienten el menor interés por que la policía meta las narices en sus asuntos, así que se habrían callado, vosotros tendríais veinte mil dólares, y yo, cuando Desmond me hubiese dicho que fuese a hacer un viajecito, me habría llevado ochenta mil dólares, habría podido empezar de nuevo lejos de aquí, sin que nadie me molestase, sin que ellos sospechasen nada… ¡Y vosotros lo habéis estropeado todo!

—No digas tonterías… Todavía puedes marcharte con el dinero a México, o a Canadá… ¿No decías que te irías a Canadá?

—¡Pero ya no pueden hacerse las cosas así! ¿Es que no lo comprendes? ¡Ha muerto un hombre, y ahora ellos no tendrán más remedio que avisar a la policía, pase lo que pase! Y cuando la policía empiece a investigar, ten por seguro que os encontrarán, y entonces les diréis que yo fui quien lo planeó todo, para quedarnos con el dinero de ellos. ¡Todo ha salido mal!

—Tenemos el dinero —vaciló Waldo—. Podemos escaparnos los tres esta misma noche, a México y…

—¡Estás loco! No llegaríamos ni a la frontera. Además, si yo escapase con vosotros, sería tanto como confesar mi complicidad en todo esto… ¡No! Vosotros lo habéis matado, yo no quiero saber nada de esa muerte. Si queréis escapar, escapad solos.

—Bueno —sonrió de pronto Waldo, aviesamente— comprendo que no quieres verte mezclada en un crimen, encanto, así que podemos llegar a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—Nosotros nos vamos de aquí, pero con todo el dinero, y si nos atrapan, jamás te mencionaremos… Diremos que todo fue idea nuestra. Te quedas sin un centavo, igual que antes, pero… al menos, nunca te verás complicada en una muerte.

Velda Hard vaciló visiblemente.

—No sé… Es imposible que escapéis, Waldo. Ellos os conocen, la policía tomará huellas en toda la casa, os buscarán… ¡Sé que os

encontrarán!

—Podemos hacer borrar nuestras huellas a esos tíos listos de ahí fuera; que hagan algo en la vida.

—Pero os conocen… Y yo también tendría que declarar… Además, estoy segura de que sospecharían de mí; ni siquiera me habéis tocado, y eso les extrañaría. A las otras dos las habéis golpeado, y las habéis… Sospecharían de mí, al ver que nada me… había ocurrido…

—Eso tiene fácil solución —sonrió divertido Waldo—. Muy fácil solución… Sí, es curioso, estoy pensando cosas que lo solucionan todo. ¿Ves? El *whisky*, a veces, aclara las ideas. Por el momento, vamos a preparar tu coartada… Al fin y al cabo, es verdad que eres la más bonita de las tres.

Waldo alargó la mano, de pronto, y el vestido de Velda crujió al ser rasgado. Ella lanzó una exclamación, retrocedió un paso, miró con expresión desorbitada a Waldo… y éste casi la tiró dentro de la bañera de una violentísima bofetada.

—¡No! —gritó Velda Hard—. ¡A mí, no! ¡Eso, no!

—Calla, tonta —rió Waldo—. Vamos a preparar tu coartada, ¿no lo comprendes?

* * *

Veinte minutos más tarde, los dos reaparecían en el salón, y Pat, que estaba sobre ascuas, pero que no se había atrevido a dejar solos a los demás para ir a ver qué ocurría, lanzó una exclamación al ver el estado de Velda Hard, que apenas podía caminar.

La estuvo mirando con ojos desorbitados hasta que ella se dejó caer, como rota, entre Irma y Connie, que la abrazaron… Entonces, Pat miró incrédulamente a Waldo, que le guiñó un ojo, se acercó a él, y estuvo casi un minuto hablándole junto a la oreja. Por fin, Pat asintió, dirigió una extraña mirada a Velda, y se puso en pie.

Waldo miró a Jasper Webster y Desmond Tobey.

—Tenemos un trabajito para ustedes, los machos. Vamos a buscar las cosas de la limpieza, y dejaremos el salón limpio, limpio, limpio… A ver, usted, el dueño de la casa, dirija la operación.

Pero Webster no se movió, así que Pat adelantó un paso amenazadoramente, alzando la pistola.

—¿Qué le pasa? ¿No le gusta hacer de asistente, macho?

Jasper Webster se pasó la lengua por los labios. Sabía que Waldo se había serenado bastante, pero Pat continuaba todavía como furiosamente drogado, y la incertidumbre de aquellos veinte minutos había tensado aún más sus nervios.

—Sí —musitó por fin.

—Aaaahhh… Eso está mejor, tío listo. Porque si no le hubiese gustado hacer de asistenta, habría hecho de muerto… ¿Me explico? Venga, vamos a buscar todo eso, y los caballeros demostrarán a las damas cómo se hace la limpieza del hogar.

—Que les ayuden ellas —dijo Waldo.

—¿Por qué? Ellas se han ganado el descanso —rio Pat—. Y ellos no han hecho nada de nada. No me parece justo.

—Me parece que tienes razón —sonrió Waldo—. Será divertido ver a unos tíos listos vestidos de fiesta, limpiándolo todo Sí, señor; será muy divertido.

Al menos, fue divertido para ellos.

Una especie de juerga.

Iban detrás de Tobey y de Webster, asegurándose de que lo dejaban todo limpio de huellas, y si algo no les gustaba, los golpeaban con las pistolas en los riñones, riendo. Con todo, lo más divertido fue cuando Waldo los obligó a lavar los platos, no dejando ni rastro de la cena que tan puercamente habían ingerido.

Todo quedó en el salón de modo que difícilmente se podría encontrar rastro del paso de los dos muchachos.

Finalmente, Waldo dirigió una mirada al reloj del salón, y se llevó aparte a Pat. Estuvieron cuchicheando un par de minutos respecto a la conveniencia de marcharse ya, pero convinieron en que no era prudente hacerlo todavía Estaban más seguros allí. Si se iban entonces, y alguien los veía vagando por aquellos lugares, llamarían la atención, y como el «bus» que pensaban tomar hacia San Diego salía a las siete de la mañana, tendrían que estar haciendo tiempo por ahí, de modo que era mejor quedarse allí, no dejarse ver. Se irían con tiempo para tomar el «bus», ya de día, con lo que llamarían muchísimo menos la atención. Y como durante todo el domingo no era probable que nadie fuese a la villa, dispondrían de más de un día para desaparecer en México, adonde pasarían desde San Diego, con una lancha, de modo que podrían llevarse el dinero y las joyas.

Era la mejor solución de todas.

Pero, claro, eso no podían hacerlo con tranquilidad, dejando tras ellos a cinco personas vivas, cuatro de las cuales por lo menos, se apresurarían a llamar a la policía en cuanto ellos se alejasen unos pasos.

Y una cosa era que aquella gente describiese a dos muchachos que habían robado cien mil dólares entre dinero y joyas, y otra cosa que describiesen a dos… desalmados que habían agredido a tres muchachas y asesinado a un hombre.

Así que, a esa «mejor solución de todas», había que darle mayor perfección. Una perfección basada en un hecho cierto, basada en disposiciones legales; lo mismo condenan a muerte por un asesinato que por varios. No había otra alternativa.

Si querían hacer todo lo que habían pensado, cuando ellos se marchasen de aquella villa, no debía quedar nadie con vida.

Así que, después de sus cuchicheos, Waldo y Pat se quedaron mirando a sus víctimas fijamente. Estar allí con seis cadáveres no sería agradable, pero, por otra parte mantener aquella situación durante dos o tres horas más podía ser peligroso, especialmente por parte de los hombres.

—A ver, las asistentas —masculló sombríamente Waldo—, que vayan hacia allí.

Señaló hacia el hueco de la gran chimenea del rincón, y Webster y Tobey fueron hacia allá, dócilmente, dispuestos a soportarlo todo cuanto se les pudiese ocurrir a aquel par de locos. Ya nada tenía importancia, excepto conservar la vida.

Y eso fue precisamente lo que perdieron.

Pat y Waldo dispararon contra ellos por la espalda, con las mandíbulas contraídas, lívidos sus rostros. Velda Hard fue incapaz de moverse, Irma se llevó una mano a la boca, y la estuvo mordiendo hasta hacerse sangre, mientras Connie, simplemente, se desmayaba, al ver a Webster y Tobey saltar y chillar, al recibir los balazos, dando manotazos a todas partes, derribando muebles.

Durante unos segundos, Waldo y Pat estuvieron mirando como alucinados los cadáveres, luego, cada uno tomó una botella del bar, y bebieron directamente de ella un largo trago, que hizo volver Un poco el color a sus desencajados rostros.

Por fin, se dejaron caer en sendos sillones, y se quedaron

mirando fija, sombríamente, a las mujeres, de las cuales, la más afortunada era sin duda la desvanecida Connie. Las otras dos los contemplaban a su vez, aterradas, porque estaban comprendiendo la verdad. La verdad de lo que también a ellas les aguardaba.

Irma Bennett arreció en sus sollozos, de pronto, y Pat le gritó destempladamente:

—¡Cállate! ¡Cállate o te voy a…!

Irma dejó de sollozar de inmediato.

* * *

Waldo dirigió una vez más su mirada al reloj, y se puso en pie. Pat lo miró vivamente al notar su movimiento, y también, se puso en pie. En el acto, las miradas de las tres muchachas fueron hacia ellos, desorbitadas.

—Ya es la hora —susurró Waldo.

—Si —susurró también Pat—. Ya es la hora. Debemos marcharnos.

El largo tiempo transcurrido los había ido deprimiendo de tal modo, que casi ni se atrevían a mirarse el uno al otro. Algo había cambiado, y mucho. Había cesado la euforia de la llegada, la alegría de ver tanto dinero, las risas de la cena, la… diversión con las muchachas. Todo había cambiado, en realidad. Los dos se sentían terriblemente cansados, agotados, como si durante aquel tiempo de espera que convenía a sus planes, hubiesen estado trabajando duramente en lugar de estar sentados confortablemente en un sillón.

La tensión había cedido, la calma había llegado. Habían tenido más de dos horas para pensar. Cada uno en sus cosas, pero todo, en todo momento, relacionado con aquello. Cada uno de ellos había estado inmerso en sus pensamientos, absorto.

Sí.

La situación había cambiado, los nervios se habían relajado.

Se atrevieron por fin a mirarse, y cada uno pudo ver en los ojos del otro la misma expresión, la misma pregunta: ¿matar ahora a tres mujeres? Ya serenos, sosegados, abatidos, como aplastados por los sucesos anteriores, ambos comprendieron que no tendrían valor para hacerlo, y eso les desconcertó y les asustó, porque, ciertamente, era imposible volverse atrás.

Pat desvió la mirada, y murmuró:

—Hazlo tú. Yo iré a…

Waldo estaba a punto de negarse cuando, de pronto, Velda Hard se puso en pie de un salto, demudado el rostro, desorbitados los ojos.

—¡No! —gritó—. A mí, no, Waldo, a mí, no. Me iré con vosotros.

—Cállate —le ordenó Waldo.

—A mí, no, a mí, no… —Velda se dejó caer de rodillas delante del sofá—. No me matéis a mí. Os podéis quedar con todo el dinero, no quiero mi parte, pero no me matéis. Llevadme con vosotros. Os lo suplico, no me matéis a mí. Yo no diré nunca nada, nunca, os lo juro. Sería como condenarme a mí misma, nunca lo diré. Matadlas a ellas, pero a mí, no.

Connie e Irma habían mirado a Velda sin comprender, al principio. Pero, muy pronto, tras la expresión de estupor, apareció en sus ojos la de incredulidad, y finalmente, la de espanto y comprensión.

—Hazlo tú —dijo Waldo, mirando a Pat—. Yo no puedo…

Patrick Sheldon tragó saliva. Miró a los tres hombres muertos, luego miró su pistola, y finalmente, a las mujeres.

—Yo tampoco —jadeó—. No puedo hacerlo, Waldo. Creo…, creo que estoy a punto de volverme loco.

—Lo mismo me pasa a mí… Es mejor que nos vayamos ahora mismo.

—Sí… Si, vámonos, pero deberíamos… atarlas y amordazarlas, para tener tiempo… Eso, sí.

—Buscaré algo con qué hacerlo.

Velda Hard miraba de uno a otro, resistiéndose a creer lo que estaba oyendo. ¿Ahora decían eso? ¿Ahora que ella se había delatado ante Irma y Connie, ahora que ellas habían comprendido que ella estaba en complicidad con aquellos dos muchachos? Lo dirían todo a la policía, naturalmente. ¡Lo dirían a la policía, y a ella la detendrían, la condenarían tan duramente como si ella misma hubiese disparado contra Jasper, contra Alvin, contra Desmond!

—No…, no…, no podéis hacerme eso —tartamudeó—. No podéis hacerme eso.

—¿Qué te pasa ahora? —Gruñó Pat—. ¿Prefieres que te matemos?

—Pero ellas lo saben ahora, han comprendido la verdad. Dirán que soy cómplice vuestra, todos comprenderán que yo he tenido que ser quien os avisó, quien os dijo que aquí…

—Bueno —cortó hoscamente Pat—. Lo sentimos por ti, Velda, pero no podemos hacerlo. De todos modos, si quieres, puedes venirte con nosotros.

—Pero si no las matáis, ellas lo dirán todo, y nos buscarán, nos perseguirán, sabrán quiénes somos.

—Te estás preocupando solo por ti —deslizó Pat—, pero lo comprendemos. Tú también tienes que comprender que aunque las matemos a ellas y a ti te llevemos con nosotros, la policía comprenderá, o al menos, sabrán que tienen que buscarte, quizá pensando que te hemos llevado con nosotros por la fuerza. Y también si nos vamos sin ti, dejándote viva, comprenderán.

—Tuviste razón, antes, en el baño —añadió Waldo—. Todo se puso mal desde el principio, desde que disparamos sobre el primero. Todo está perdido para ti y para nosotros, así que puedes venir o quedarte, como prefieras. Para nosotros, lo perfecto y lo seguro sería mataros a las tres, pero… yo no puedo. Y Pat tampoco. No sé lo que nos ha pasado antes, ni lo que nos pasa ahora —tragó saliva con dificultad—. Pero no puedo hacerlo. Buscaré algo para atarlas a ellas, y nosotros tres escaparemos.

Como hipnotizada, Velda Hard se dejó caer de nuevo en el sofá… Y Connie lanzo un gritito, apartándose, apretándose más contra Irma, que también se apresuró a desplazarse en el asiento, dejando aislada en un extremo a Velda.

Pat las miraba, en silencio, sombríamente.

Y sólo se movió cuando oyó el regreso de Waldo, que mostró unos cordeles.

—Estaban en la cocina. Es todo lo que he encontrado Toma, ata tú a una y yo a otra.

Velda Hard pareció volver entonces a la realidad. Los miró con gesto resuelto.

—Si no os atrevéis a hacerlo vosotros —dijo—, yo lo haré.

—¿Qué? —Respingó Waldo.

—Yo las mataré a ellas —señaló a sus dos «amigas»—. Tengo

que hacerlo, o me delatarían. Las mataré, me iré con vosotros, y nunca volveré… Pensarán que me habéis matado por ahí, y nunca me buscarán, ni sabrán que fuisteis vosotros los que estuvisteis aquí.

Waldo y Pat cambiaron una mirada. Realmente, aquello era una solución. Una solución terrible, pero solución al fin. ¿Por qué no?

—¿Estás segura de que te atreves? —musitó Pat.

—¡Tengo que hacerlo!

Connie estaba sollozando de nuevo, ocultando el magullado rostro con las manos y abrazándose a Irma, que miraba a Velda Hard en el colmo del espanto y la estupefacción. Oía, pero no podía creer. ¿O quizá creía, pero dudaba de que estuviese oyendo bien?

—Bueno —vaciló Waldo—. No sé…

—¡Dame una pistola!

—Está bien —dijo de pronto Pat—. Toma la mía… Pero no dispares mientras estemos aquí nosotros. Te esperamos fuera, en la terraza.

—Sí, sí.

Velda tomó la pistola que le tendía Pat, y éste dio media vuelta, dispuesto a salir a la terraza. Pero apenas había dado un par de pasos cuando oyó el primer «plop», el primer chasquido del silencioso disparo, y se volvió vivamente, demudado el rostro.

—¡Te he dicho!

Se quedó atónito, al ver a Waldo con ambas manos en el pecho, cayendo hacia delante, pero todavía recibiendo otro balazo, disparado por Velda Hard. Su estupefacción era tal que ni siquiera acertó a moverse, cuando, al desviar de nuevo la mirada hacia Velda, la vio apuntándole ahora a él.

Plop. Plop.

Pat notó los impactos de las balas, y supo que había saltado hacia atrás… Y eso fue todo.

Durante unos segundos, el silencio más absoluto volvió a reinar en el salón, hasta que Irma Bennet se puso en pie, jubilosa, creyendo comprender la jugada de su «amiga» favorable a ellas.

—Oh, Velda, gracias a Dios que…

Plop.

Irma Bennet enmudeció de pronto… y para siempre, al mismo tiempo que caía hacia delante. Connie lanzó un chillido, se puso en pie, y echó a correr. Velda se inclinó, recogió la pistola de Waldo,

pues las balas se habían terminado en la de Pat, y volvió a disparar, por dos veces. Le pareció imposible que el alarido de muerte de Connie no fuese oído en todo el mundo. Absolutamente en todo el planeta Tierra.

Pero, un minuto después, todavía inmóvil con la pistola apuntando a Connie Fisher, el silencio era tan denso como si jamás allí se hubiese producido sonido alguno, de ninguna clase.

Todavía estuvo Velda Hard un par de minutos inmóvil, como en trance. Luego, lo primero que hizo fue borrar las huellas de la pistola de Waldo, con todo cuidado, y colocó el arma en la mano del muchacho, todavía caliente, todavía blanda, apretándola en torno al arma. La de Pat no la tocó.

Fue a donde estaba el saco con el dinero y las joyas, lo tomó, apagó la luz, y salió al jardín, a oscuras. De allí fue al garaje, de donde tomó una de las azadas utilizadas en los trabajos del jardín, y regresó a éste.

Diez minutos más tarde entraba de nuevo en el salón, sin la azada y sin la bolsa con el dinero y las joyas. Encendió de nuevo la luz, miró a su alrededor, y su rostro sufrió una crispación fortísima. Había gotitas de sudor en su frente, pero su rostro estaba helado; le parecía que estuviese hecho de hielo… Fue a la cocina, se lavó las manos con jabón, se aseguró de que no quedaba tierra entre las uñas y regresó al salón.

Allí se rasgó un poco más el vestido.

Y finalmente, salió a la terraza, cruzó el jardín, y empezó a correr por la arena de la playa, alejándose de la casa, en aquel amanecer del domingo negro.

* * *

Luego, había sido terrible, porque había tenido que fingir, y engañar al FBI, cosa que todavía le parecía imposible. Sin embargo, allí estaba, en un avión, alejándose de Los Ángeles, sin que nada le hubiese ocurrido. Todo había salido perfectamente, como había planeado a última hora. Había sido terrible, espantoso, y todavía tardaría mucho en olvidar aquella noche, aquella madrugada, pero… no había tenido más remedio que hacerlo… ¡No había tenido más remedio!

Se estremeció y suspiró. Miró hacia el exterior, hacia la noche

cuajada de estrellas.

Bien.

Allá iba ella, hacia Miami, libre de toda sospecha. Pero volvería… Tenía que volver a Los Ángeles, naturalmente.

CAPÍTULO VIII

Una vez más, volvía a Los Ángeles.

Pero esta vez no era para declarar en el sumario para el archivo de la policía. No. Aquello ya había terminado. La habían llamado dos veces después que el agente Warren Wade la dejara en el avión. Una vez, al cabo de tres semanas de haberse marchado. La segunda vez, una semana más tarde.

Y en esta ocasión, le habían dicho que el caso había sido clasificado en «Pendientes de investigación», y que, en lo que a ella se refería, podía considerar que había terminado su parte en el asunto, que ya no la llamarían más. Naturalmente, la policía seguiría buscando a Ralph Wendix.

Al pensar esto, cómodamente sentada en su asiento del avión que hacía el vuelo directo Miami-Los Ángeles, Velda Hard sonrió. Ahora, pasados seis meses de lo sucedido entonces, cercanas las Navidades, podía ya sonreír, y los sucesos trágicos iban perdiéndose en las profundidades de su memoria.

Sí…, la policía podía buscar cuanto quisiera a Ralph Wendix, porque ella sabía que jamás lo encontrarían. Por la sencilla razón de que Ralph Wendix no existía, ni había existido jamás. ¿O acaso podía ella llamarse a sí misma «Ralph Wendix»? Tuvo que inventar a un tercer hombre, para justificar todos los hechos. Un hombre, el más que fantasmal Ralph Wendix, que había; matado a Connie y a Irma, al encontrarlas desvanecidas, y que había desaparecido con el dinero y las joyas. «¿Cómo fui capaz de idear todo eso?», pensó.

Se sentía entre sorprendida y admirada de sí misma.

Sí.

«¿Cómo pude imaginar todo eso, en tan poco tiempo? Porque una cosa era preparar lo del asalto a la villa con aquellos dos pobres

muchachos, pero lo otro…».

Era para sentir auténtica admiración por sí misma, desde luego.

La policía debía haber desistido ya de encontrar a Ralph Wendix. Seguramente, lo incluirían entre las «diez personas más buscadas por el FBI», ya que el caso sería transferido a ese organismo federal, pero sin duda alguna, la única que jamás encontrarían.

Ya podía el FBI y toda la policía del mundo buscar a Ralph Wendix… ¿Cómo habían de encontrar a quien nunca había existido?

Y por tanto, si no encontraban a Ralph Wendix, habrían perdido va toda esperanza de encontrar el dinero y las joyas… Eso aparte de que nadie les habría reclamado, claro. Nadie…, excepto ella misma, que acudía a recogerlas. Sí, había llegado el momento. Incluso a ella debía haberla olvidado Ta policía. Había estado seis meses viviendo en Miami, de acuerdo a su modo normal de vida, aunque al principio se mostró asustada, retraída, no salía del apartamento que había alquilado… Claro que tenían que haberla estado vigilando, incluso pensando que Ralph Wendix podía presentarse para matarla.

Pero, pasados seis meses, hasta la policía tenía que estar cansada y aburrida de aquél, caso que, definitivamente, habría pasado de «Pendientes de investigación», al mucho más definitivo y humillante de «Pendientes» a secas en los archivos federales.

Finalmente, la enorme ciudad de Los Ángeles comenzó a verse, allá lejos, bajo el aparato, rodeada de mar que no se veía tan bonito, tan azul como en el verano, sino gris claro, como plomo, reluciendo con sombríos tonos bajo el sol de la tibia tarde invernal.

Unas Navidades con más de cien mil dólares exclusiva y únicamente suyos… ¡Por fin! Quizá no fuese a Canadá… Lo mejor sería irse a Europa, donde, definitivamente, si alguien sentía todavía interés por ella, perdería definitivamente su rastro.

La voz rogó, por los altavoces, que los señores pasajeros se abrochasen los cinturones. NO SMOKING, se encendió el letrero rojo al principio del pasillo del reactor.

Iban a aterrizar muy pronto.

Y luego, ella sería una más entre los millones de personas en Los Ángeles, sin que nadie le prestase la menor atención.

Y menos que nadie, naturalmente, el único hombre al que por su mirada penetrante, sus fruncimientos de cejas, y sobre todo por sus imprevistos silencios, más había temido ella de todos cuantos habían intervenido en el caso: Warren Wade, el inescrutable agente del Police Department, sección Homicidios.

¿Qué habría sido de la vida de él durante aquellos seis meses?

* * *

—Warren Wade, eres un sinvergüenza.

El agente del Police Department se volvió, frunciendo el ceño, todavía abstraído en la labor que le ocupaba en aquellos momentos: arreglar el árbol de Navidad cerca de la chimenea del salón, donde Sophie acostumbraba a trabajar… Desde allí mientras arreglaba y adornaba el abeto, podía ir echando frecuentes miradas al mar, lo cual le encantaba sobremanera.

Claro que, en invierno, aunque allí resultaba benigno, el mar no se veía igual que en verano, pero, en fin, como decía últimamente Slim Lennart con cierta frecuencia: lo bueno que tiene lo malo es que cuando llega lo bueno, sabes distinguirlo perfectamente de lo malo… y entonces, claro, te aprovechas de lo bueno mucho más cumplidamente. Así que, bien estaba el invierno para que él pudiese apreciar mejor el verano. Okay.

Y mientras se volvía con el ceño fruncido, Warren Wade, preguntaba:

—¿Por qué soy un…?

La bolita de color rojo que tenía en la mano se le escapó y se hizo añicos en el suelo… Pero, ciertamente esto, a Warren Wade le importaba menos que un pepino.

Se quedó turulato, contemplando a Sophie, que, en la entrada del salón, le miraba con un gesto de maliciosa amonestación, ladeada la cabeza, los sueltos largos y hermosos cabellos rubios sobre los desnudos hombros.

Desnudos forzosamente, porque el diminuto camisón azul, transparente, cortísimo, no podía ser más ligero, más inexistente, o poco menos. Así que, en realidad, podía decirse que no eran sólo los hombros lo que se podía ver, sino toda la belleza de Sophie en una panorámica sensacional.

—Demonios… —Acertó por fin a mascullar el policía.

—¿Te parezco un demonio? —protestó ella.

—¿Eh? ¡Claro que no!

—Entonces… ¿por qué dices «demonios»?

—Bueno… Es que… ¡Demonios, Sophie!

—Warren, de verdad; eres un sinvergüenza.

—Vaya —volvió a fruncir el ceño el federal—. Yo no lo creo así, mi amor. Si fuese un sinvergüenza, me habrían expulsado de la policía, ¿no crees?

—Pues yo digo que eres un sinvergüenza, porque sólo a un sinvergüenza se le ocurre regalarle una… una cosa así a una dama honesta y respetable.

—¿Una cosa así? —protestó Warren—. Vaya, yo diría que eso, simplemente, es una camisita de dormir.

—¿De dormir? ¡Pero si es más pequeña que un bikini!

—Pues no creo que para dormir tenga uno que ponerse un abrigo, digo yo.

Sophie se echó a reír, se acercó a él, le echó los brazos al cuello y dijo:

—¿Lo compraste tú mismo?

—Naturalmente… No iba a enviar a mi jefe a hacerlo… Me parece que es de tus medidas, ¿verdad?

—¿Mis medidas? Bueno, esto le iría bien a cualquiera, lo mismo que una… bufanda. ¿Tú sabes de alguien a quien no le vaya bien cualquier bufanda?

—No —rió Warren—. No.

—¿Qué te dijo el vendedor cuando le dijiste que querías este camisoncito?

—Era una vendedora. Le dije que quería la… prenda que había en el escaparate, y se me quedó mirando, yo creo que divertida. Me preguntó si tenía una idea de las medidas que debía tener la prenda que yo deseaba, y hasta empezó a hacer comparaciones. Entonces, yo le dije: «Señorita, no siga: las medidas exactas no son ni más ni menos que
35-22-37».

—Ah… ¿Y… cuáles eran las medidas de ella?

—Las medidas…, ¿de quién?

—De la vendedora.

—Bueno… Yo calculo que… Vaya, algo así como… Claro que no

estoy seguro.

—Warren… —amenazó Sophie.

—Debían ser algo así como
40-23-42.

—Qué barbaridad. Pero esa chica debería ponerse a régimen.

Warren Wade frunció una vez más el ceño, pensativo.

—Yo diría que estaba muy bien como estaba, la verdad.

—¿Lo ves? —exclamó Sophie—. Eres un sinvergüenza.

—¿Porque te he comprado un camisón?

—Esto no llega ni a camiseta, Warren, ¿de verdad vas a poder dedicarme esta noche… completa?

—Salvo que el inspector Hammond decida lo contrario… De todos modos, para ser una persona que se escandaliza por una camisita tan encantadora, me parece que tu proposición es… un tanto atrevida, ¿no te parece?

—¿Te quedarás? —Apretó ella más el cerco de sus brazos.

—Bueno, podemos hacer un trato; yo enciendo la chimenea además de que ya funciona la calefacción, y tú no te quitas la camisita ni para preparar la cena.

—Trato hecho —aceptó Sophie, susurrante.

Y el salón comenzó a dar vueltas para Warren Wade cuando lo besó en los labios, como solía hacerlo Sophie. Y, claro, la locomotora comenzó a lanzar pitidos, rugidos y fuego a todos lados dentro del pecho de Warren Wade, que se olvidó del abeto, del mar y de todo.

Pero no pudo olvidarse del teléfono, porque, justo cuando la locomotora estaba alcanzando los setecientos cincuenta por hora, sonó el primer timbrazo.

Sophie se apartó lentamente y musitó:

—Oh, no.

—Voy…, voy a ver… quién llama y… Ya vuelvo.

—Lo dudo —se enfurruñó Sophie.

El policía atendió la llamada y en el acto, Sophie supo quién era el inoportuno cuando le oyó decir:

—Sí…, sí, señor. Dígame.

—Ah.

—Sí, señor.

—Sí, sí… Gracias, señor.

—¿Cómo?

—Oh, no… No estaba haciendo nada especial, no… Ya sé que tengo libre hasta pasado mañana, pero…

—No, no, de veras. Hasta ahora —colgó el teléfono, quedó pensativo unos segundos, y por fin, se volvió hacia Sophie, impenetrable el rostro—. Temo que voy a tener que dejarte esta noche, amor.

Sophie cerró los ojos y dijo:

—Lo sabía… ¡Odio a la policía!

Warren Wade, enarcó las cejas. Luego, haciendo un gesto de despedida a Sophie, se dispuso a marcharse, sonriendo.

* * *

Sonriendo, Velda Hard detuvo el coche alquilado en Los Ángeles, a la sombra de uno de los frondosos árboles de la avenida, y miró su relojito. Asintió con un gesto, apagó el motor, también las luces del coche, y se apeó, llevando la pequeña maleta en la mano izquierda.

Las once y media de la noche. Hora ideal para sus propósitos.

Pocos segundos después, pasaba, a pie, por delante de la entrada de la villa, y sonrió al ver el cartel que sin duda llevaba allí mucho tiempo: for rent. Lo cual era muy lógico, pues nadie querría alquilar una casa donde habían sucedido aquellas cosas horribles en una noche. Y naturalmente, si la villa estaba por alquilar, eso sólo servía para favorecerla a ella. Saltó la baja tapia de rojos ladrillos tras asegurarse de que no había nadie en las cercanías, y se dirigió, por un lado de la casa, hacia el jardín de atrás… El jardín de la playa, como acostumbraba a decir el infortunado Jasper Webster.

No se veía luz en ninguna de las villas vecinas, por lo demás, algo lejos, excepto la de aquella chica que escribía novelas o algo así, y que a veces había visto en la playa; pero tampoco en la villa de la escritora se veía luz. De modo que estaba prácticamente a oscuras, pues la de la avenida quedaba tras los árboles y setos.

Pero, incluso a oscuras, Velda Hard localizó el lugar; dejó la maleta en el suelo, la abrió, y sacó la azada que aquella misma tarde, a poco de llegar, había comprado en los mismos grandes almacenes donde había adquirido la maleta Comenzó a cavar, con cuidado, apartando pulcramente la tierra. No tenía ninguna prisa,

ya que nadie vivía en la casa. Y la prisa, además de injustificada, sólo podría servir para destrozar algunos billetes o varias joyas.

Por fin, notó el suave impacto de la azada con algo que no era tierra… Dejó la azada a un lado, y con las manos, desenterró el saquito, que abrió, con manos temblorosas por la emoción. Y casi lanzó una exclamación al notar las joyas, los billetes de Banco… ¡Todo estaba allí!

A toda prisa ahora, volvió a tapar el agujero con la tierra, la apretó un poco, y puso unas cuantas ramas de arbustos de flores encima; no tenía que dejar el menor rastro. Si por casualidad alguien alquilase la casa, y viese aquel agujero reciente, o la policía quisiera saber quién era el nuevo inquilino y…

Lo mejor era hacer las cosas como las había pensado, sin dejarse dominar por la emoción, ni los nervios, ni las prisas… De modo que dejó el lugar prácticamente como lo había encontrado después de seis meses, metió el saquito con el dinero y las joyas dentro de la maleta, así como la azada, cerró la maleta y regresó pegada a la casa, hacia el jardín que daba a la avenida. Cuando llegó a la tapia baja, estuvo un par de minutos acuclillada allí, mirando a todos lados… Habría resultado chocante, que justo entonces, pasase por la avenida uno de los coches de la policía.

Pero no.

No.

Ningún coche, nadie a la vista, todo silencio, todo quietud.

Saltó la tapia, y regresó al coche. Entró, tirando el saquito al asiento de al lado, y sacó las llaves, para dar el encendido.

—No se moleste usted, señorita Hard —oyó una voz conocida—, uno de mis hombres se encargará de conducir.

Velda Hard quedó congelada. Exactamente igual que si, de pronto, la hubiesen metido en una cámara a quinientos grados bajo cero.

Cuando pudo reaccionar, se volvió, mirando hacia el asiento de atrás, pero no pudo ver más que las formas oscuras de dos hombres, ocupando el asiento. Por la voz, había reconocido a uno de ellos, naturalmente… Sí, estaba segura de que era el capitán Hammond. No lo veía bien, pero sabía que era él.

Y de pronto, en un instante, Velda Hard lo comprendió todo. Comprendió que ella no era la única persona lista en el mundo, y

que, forzosamente, la policía había tenido que llegar a sospechar la verdad, en un momento dado. Sospechas… y habían actuado de acuerdo con ellas, con una sagacidad, con una experiencia, con una malicia y una paciencia sin límites… ¿Había que esperar? Pues bien, ¡esperarían!

No importaba el tiempo; esperarían. ¿Seis meses? ¿Seis años? ¿Seis siglos? Seguramente, si ella hubiera podido volver al cabo de seis siglos, habría encontrado allí agentes del Police Department, sucesores de los actuales, esperándola… No habían aceptado el no hallar ni una sola pista de Ralph Wendix. Nada en absoluto. Eso era demasiado extraño, demasiado perfecto para un joven que, se suponía, era un delincuente sin importancia, un simple golfo, un aprovechado… ¿Y la policía no había podido encontrar la menor pista de él?

A partir de ahí habían derivado hacia una nueva teoría, pero no se lo habían dicho a ella. Claro que no. Le habían dado toda clase de facilidades, la habían dejado marchar, habían simulado olvidarla, olvidarse de todo el caso, pero siempre aferrados a su sospecha, sabiendo que si lo que sospechaban era cierto, el dinero no podía estar muy lejos de allí, y que ella volvería a buscarlo tarde o temprano.

Y así, durante seis meses, en todo momento, en Miami o donde fuese, ella había estado vigilada por algún hombre de la policía. Finalmente, la habían visto tomar el avión por su cuenta, de regreso a Los Ángeles, en vuelo directo… Los de Miami habían avisado a los de Los Ángeles, y éstos la habían visto llegar al aeropuerto, la habían esperado, la habían estado siguiendo, la habían visto alquilar un coche, comprar la maleta, la azada… ¡Ya estaba! Todo había terminado.

De verdad, definitivamente, todo había terminado.

De pronto, se lanzó fuera del coche, y echó a correr, volviendo la cabeza, para ver si Hammond y el otro que estaba en él, salían también, dispuestos a disparar contra ella.

Pero no salió ninguno de los dos.

En cambio, otros tres hombres aparecieron de pronto en la avenida silenciosa y solitaria. De pronto. ¿Dónde habían estado hasta entonces?

Varió la dirección de su marcha, hacia otra avenida que cruzaba

aquélla, pero en un instante, los tres hombres corriendo a velocidad desesperante, le cortaron todos los caminos, hasta que ella quedó dentro de un triángulo, agitada, mirando a todos lados en busca de una escapatoria que no existía… Poco a poco, sin prisas, los tres hombres se fueron acercando, y por fin, uno de ellos, el que quedó delante de ella, movió la cabeza y musitó:

—Es inútil, señorita Hard. Le ruego que venga con nosotros.

Alargó una mano, como dispuesto a tomarla de un brazo, pero finalmente optó por señalar hacia el coche que ella había alquilado, donde seguían, sin duda cómodamente sentados, Hammond y el otro.

Comenzó a caminar hacia allí, derrotada. Detrás de ella, la voz, tensa, de uno de los hombres de la policía, una voz que también recordaba vagamente.

—Santo Dios… No sé qué va a explicarnos esta muchacha, Syd, pero siento escalofríos sólo de imaginarlo. Y aún me escalofrío más cuando reflexiono en las vueltas que tuvo que darle Warren al asunto para llegar a estas conclusiones.

—Un perro de presa es siempre un perro de presa.

Llegaron al coche y le indicaron el asiento de atrás, donde quedó sentada entre Hammond y el otro. Hammond dijo:

—Conduce tú, Weston. Vosotros dos, venid detrás de nosotros en el coche.

—Sí, señor.

Lennart y Syd se alejaron, hacia donde habían dejado el coche, y Charles Weston se puso al volante. Pero… ¿y Warren Wade? Si él había pensado en aquella solución, debería estar allí, gozando de su triunfo… ¿Lo habían matado? ¡Ojalá que esto…!

Weston puso en marcha el coche, y entonces, el hombre que estaba a la derecha de Velda Hard, dijo:

—Cuidado con la autopista, Charlie.

Y cuando encendió un cigarrillo, Velda Hard ni siquiera tuvo que volver la cabeza para convencerse de que su última esperanza, la de que alguien hubiese matado a Warren Wade, tampoco se había cumplido.

Ciertamente, Velda Hard tenía un porvenir muy oscuro.

ESTE ES EL FINAL

A oscuras, Warren Wade entró en el dormitorio, caminando sigilosamente. Llegó hasta la cama, pasó a su lado, y se sentó, suspirando profundamente.

—¿Warren? —Sonó tras él, en la cama, la voz de Sophie.

—Hola, mi amor. Duerme.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Te has quedado tan quieto…

—¿No dormías?

—No. Te estaba esperando.

—¡Esperando! Pero, Sophie, son casi las cuatro de la madrugada, querida.

—Oh, he dormido a ratos. ¿Te ha dejado marchar tu jefe, por fin?

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta pasado mañana. Por cierto, me ha dado recuerdos para ti.

—Es muy amable —refunfuñó Sophie.

—Sí que lo es. Y los compañeros también lo son. Siempre me dan muchos recuerdos para «mi esposa, la escritora», y me preguntan cuándo podrán ver otro guion tuyo por la televisión. Por cierto, ya podrás entregar el de «Dos y uno…, dos»: el caso ha terminado.

La luz se encendió en la mesilla de Sophie, y ésta miró a su marido con los ojos muy abiertos.

—¿Ha regresado? —exclamó.

—Sí.

—¿Por eso me dejaste sola esta noche?

—Bueno, compréndelo. Cuando el jefe me dijo que ella había vuelto, pues… Espero que no te moleste que…

—¡Pero si lo comprendo! —exclamó ahora alegremente Sophie—. Querido, tenías que ser tú quien la detuviese, te lo merecías.

—He procurado incluso no mirarla demasiado, Sophie, es horrible lo que esa muchacha ha explicado… Es… es espantoso. No hablemos de ello. Mañana te lo contaré todo. Es decir, esta mañana, cuando amanezca.

—¿De verdad tienes libre el día de mañana… de hoy, he querido decir?

—Sí, claro. Y tú… ¿de verdad no estás molesta?

Sophie Wade sonrió y dejó caer las ropas de la cama con las que se había estado cubriendo. Warren Wade abrió la boca, maravillado, al verla con la camisita azul que le había valido a él la definición de sinvergüenza.

—Demonios —dijo.

—¿Sabes? —sonrió su esposa, maliciosamente—. Me va gustando esta camisita.

—Vaya… Me alegro mucho.

—Y además, he estado pensando que estamos muy solos en la casa. Es grande, y muy hermosa, muy sana, con el mar delante, un buen jardín… Lo que quiero decir es que… Bueno, yo creo que dos y uno deberían ser tres.

—¡Cómo! ¿No fuiste tú quien dijo que dos y uno son dos?

—Pero las matemáticas a veces no fallan. Por ejemplo, un hombre y una mujer suman dos. Pero un hombre, una mujer y un niño suman tres… ¿Verdad?

—Sobresaliente en matemáticas —frunció el ceño Warren Wade—. Pero si no recuerdo mal, hace unas horas dijiste que odiabas a la policía.

—Pero no es cierto. ¡Adoro a la policía!

—Bueno —reflexionó muy seriamente Warren Wade—. En ese caso, quizá yo sepa, de algún modo, conseguir que dos y uno sumen tres. Con probar no se pierde nada…

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…